

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«VIERON MIS OJOS
TU SALVACIÓN»

«En esperanza
fuimos salvados»

La bienaventuranza
celestial
de la Ciudad
de Dios

El olvido de
la vida futura

La Sagrada Familia
en Belén

Homenaje
de la Universidad
de Barcelona
a José M.^a Petit



REMBRANDT: *Simeón y el Niño Dios*

«Ahora dejas ir a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz; pues vieron mis ojos tu salvación, que preparaste a la faz de todos los pueblos; luz para iluminación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.»

(Lc 2, 29-32)

Sumario

Sin Dios no hay esperanza <i>José M.^a Alsina Roca</i>	3
«En esperanza fuimos salvados». Fragmentos de la encíclica «Spe salvi», de Benedicto XVI	4
Homilía de Benedicto XVI en la celebración eucarística con los nuevos cardenales	8
Navidad 2007	11
El Cielo (una pequeña reflexión) <i>Juan Antonio Mateo García</i>	12
La bienaventuranza celestial de la Ciudad de Dios <i>Guillermo Pons Pons</i>	14
El olvido de la vida futura Fragmento de la encíclica «Laetitiae sanctae», de León XIII	18
El Cielo prometido sí mueve mi amor. El Paraíso de la Divina Comedia <i>Santiago Arellano Hernández</i>	19
La difusión de la fe en la consumación del Reino de Cristo (I) <i>Juan Rovira Orlandis., S.I. (†)</i>	23
La argumentación de Isolano y la inmaculada concepción de san José <i>Francisco Canals Vidal</i>	27
Homenaje de la Universidad de Barcelona a José M. ^a Petit <i>José M.^a Romero Baró</i>	28
Contemplando la vida de Cristo. San José y la Sagrada Familia en Belén <i>Ramón Gelpí Sabater</i>	31
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	33
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	34
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	36
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	38
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	39
Hace 60 años	41

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

LA publicación de la reciente encíclica de Su Santidad Benedicto XVI sobre la esperanza, *Spe salvi*, ha venido a coincidir con la preparación de este último número del año 2007 que dedicamos al cielo, el lugar del encuentro definitivo con Dios y, por tanto, el término último de nuestra esperanza. Así, no deberá extrañar a nuestros lectores que, por falta de tiempo, en los artículos dedicados al cielo no se haga mención de la encíclica. En cambio, hemos incluido una selección del texto del Papa precedida de un comentario introductorio.

Las lecturas de la festividad de Cristo Rey, en su ciclo C, que celebramos el último domingo del pasado mes de noviembre recordaban, del evangelio de san Lucas, el pasaje del «buen ladrón» y la promesa de Jesús: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso». La muerte de Jesús en la cruz es muerte redentora que rescata para la vida eterna al ladrón arrepentido y nos rescata a los que creemos en Él. Estamos hechos para otra vida porque somos inmortales. Pero el mundo, ciego a esta perspectiva de futuro, sacraliza la inmediatez de lo material: no hay infierno porque para el existencialismo radical de Sartre el infierno son los otros; sólo hay cielo en la mente de los mercaderes de ilusiones, que de esta forma quieren adormecer a los que luchan por construir un paraíso en la tierra. Los intentos de construir este paraíso en la tierra han sido diversos a lo largo de la historia, como acaba de recordar el Papa en la reciente encíclica. Pero los mesianismos redentores de la ciencia, la política, el placer, la anarquía o la droga cosechan cada día su fracaso. Por eso es tan necesario hoy reafirmar nuestra esperanza, la esperanza del peregrino que camina hacia la tierra prometida. Hemos sido salvados y vivimos en la esperanza. Decía el padre Orlandis hace ya más de medio siglo –y hoy sus palabras tienen tanta o mayor validez que entonces– que no se hablaba del infierno y que esto era muy grave; pero que era más grave todavía que no se hablara del cielo. Ya entonces se imponía la obligación de ocuparse «primero» de los bienes de aquí. Estamos rodeados por un materialismo que pretende dominarlo todo, incluso los legítimos esfuerzos por buscar el sustento o construir un mundo mejor. Y el cielo, que no es material, escapa a la comprensión de los sentidos. Por eso san Pablo decía a los cristianos de Corinto: «ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor 2,9). Pero los que tenemos fe, tenemos también esperanza; esperamos en las palabras de Jesús: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».

También el pueblo judío esperaba y lo que Dios había prometido, lo que habían anunciado los profetas, se cumplió. Aquel que san Pablo llama «la esperanza de Israel» vino a nosotros humildemente en Belén en la primera Navidad a anunciar el Reino de Dios, un reino construido no por las fuerzas humanas, sino por el amor de Dios, que ha enviado a su Hijo a morir por los hombres y de este modo llevar a la plenitud la misión salvadora.

Sin Dios no hay esperanza

JOSÉ M.^a ALSINA ROCA

DESPUÉS de la encíclica *Deus caritas est*, Benedicto XVI ha elegido como tema de su segunda encíclica la esperanza. Parece que ha querido subrayar el carácter central de las virtudes teologales en la vida cristiana dedicándoles las primeras encíclicas de su pontificado. Estas dos primeras encíclicas podemos considerarlas programáticas, de respuesta a las necesidades espirituales del mundo actual. En la encíclica *Spe salvi* el Papa señala reiteradamente cómo el mundo, al perder la fe en el Dios verdadero, ha perdido la esperanza, y sin esperanza el hombre no puede vivir. Este es uno de los dramas más profundos que sufre la humanidad actual, fruto de esta ansia insatisfecha de esperanza no queriendo aceptar el don de la esperanza que acompaña necesariamente al don de la fe. «Llegar a conocer al Dios verdadero, es lo que significa recibir esperanza», escribe el Papa, y el mundo que ha dado las espaldas a Dios está condenado a vivir sin esperanza. En la encíclica se analiza con gran clarividencia cómo el mundo ha llegado a esta situación. Primero con la ciencia que pretende reconstruir el «paraíso» perdido por el pecado original: sin negar frontalmente la fe, ésta queda relegada al «nivel de las realidades exclusivamente privadas y ultramundanas», que la hace ya innecesaria como principio que tiene que iluminar la vida de los hombres en todos sus ámbitos. Después será en el campo de la política, cuando con la pretensión de edificar una sociedad perfecta, se niegue explícitamente la necesidad que tiene el hombre de Dios y se proclame que la nueva sociedad podrá saciar todas las ansias de felicidad que tiene todo ser humano. Coherentemente con ello, la Revolución será el instrumento necesario para hacer realidad estas esperanzas humanas. El resultado es de todos conocido y recordado en la encíclica. Los mayores horrores que ha tenido que sufrir el hombre han sido justamente fruto de este rechazo de la esperanza cristiana y de la voluntad de sustituirla por esperanzas políticas y revolucionarias. La fe en el progreso no ha traído más que decadencia e inhumanidad.

Frente a esta frustración de la modernidad, de nuevo la Iglesia proclama que sólo en Dios encontramos la fuente de nuestra esperanza y, como señala el Papa, en el «encuentro con el Dios que nos ha mostrado su rostro en Cristo y nos ha abierto su Corazón». Esta es la esperanza que puede transformar la vida de cada hombre y saciar su ansia de «vida

eterna», es decir, de felicidad. Estas referencias de la encíclica al Corazón de Cristo nos puede ayudar a redescubrir en el amor misericordioso que brota del Corazón de Jesús, la fuente consoladora de nuestra esperanza.

Otro de los puntos que nos parece importante subrayar de esta encíclica es el que hace referencia a la necesidad de superar una concepción individualista de nuestra esperanza. No podemos sólo esperar la salvación de cada uno sino que, movidos por la caridad, debemos esperar la salvación de todos los hombres.

Hay que recordar que «la redención se presenta como el restablecimiento de la unidad del género humano, como unidad mundial de los creyentes». Esta es la esperanza del Reino de Dios, un mundo penetrado por la gracia de Dios que reconocerá a Cristo como el único Salvador, un reino construido no por las fuerzas humanas, sino por el amor de Dios, que ha enviado a su Hijo a morir por los hombres y de este modo llevar a la plenitud la misión salvadora. Este es el plan de Dios que se ha compadecido de la debilidad de los hombres y que ahora pide que los hombres también participen de esta misión redentora ofreciendo sus sufrimientos para la salvación de la humanidad. «La idea de poder “ofrecer” las pequeñas dificultades cotidianas, que nos aquejan una y otra vez como punzadas más o menos molestas, dándoles así un sentido, eran parte de una forma de devoción todavía muy difundida hasta no hace mucho tiempo». De nuevo nos encontramos con una idea muy unida a la devoción al Corazón de Jesús, expresada en el ofrecimiento del Apostolado de la Oración, al invitarnos a ofrecer los trabajos y sacrificios de cada día para que «venga a nosotros tu Reino». Esta esperanza en el Reino de Dios como un don que tenemos que pedir insistentemente a quien nos lo puede dar, es la esperanza que necesita el mundo actual y es la única que puede conseguir superar definitivamente las falsas esperanzas humanas cuyos resultados han sido tan aciagos para el hombre actual. «La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando “hasta el extremo”, hasta el total cumplimiento».

Las palabras finales del Papa son una plegaria a la Virgen. Ella es la que mejor puede mostrarnos el camino en esta hora de dificultades y desánimos. «¿Quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza. Por ello le pedimos que ejerza sus cuidados maternales y «como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su Reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino».

«En esperanza fuimos salvados»

Carta encíclica
SPE SALVI
del sumo pontífice
BENEDICTO XVI
a los obispos,
a los presbíteros y diáconos,
a las personas consagradas
y a los fieles laicos
sobre la esperanza cristiana
(fragmentos)

Las falsas esperanzas

17. Hasta aquel momento la recuperación de lo que el hombre había perdido al ser expulsado del paraíso terrenal se esperaba de la fe en Jesucristo, y en esto se veía la «redención». Ahora, esta «redención», el restablecimiento del «paraíso» perdido, ya no se espera de la fe, sino de la correlación apenas descubierta entre ciencia y praxis. Con esto no es que se niegue la fe; pero queda desplazada a otro nivel —el de las realidades exclusivamente privadas y ultramundanas— al mismo tiempo que resulta en cierto modo irrelevante para el mundo. Esta visión programática ha determinado el proceso de los tiempos modernos e influye también en la crisis actual de la fe que, en sus aspectos concretos, es sobre todo una crisis de la esperanza cristiana. Por eso, en Bacon la esperanza recibe también una nueva forma. Ahora se llama: fe en el progreso. En efecto, para Bacon está claro que los descubrimientos y las invenciones apenas iniciadas son sólo un comienzo; que gracias a la sinergia entre ciencia y praxis se seguirán descubrimientos totalmente nuevos, surgirá un mundo totalmente nuevo, el reino del hombre. Según esto, él mismo trazó un esbozo de las invenciones previsibles, incluyendo el aeroplano y el submarino. Durante el desarrollo ulterior de la ideología del progreso, la alegría por los visibles adelantos de las potencialidades humanas es una confirmación constante de la fe en el progreso como tal.

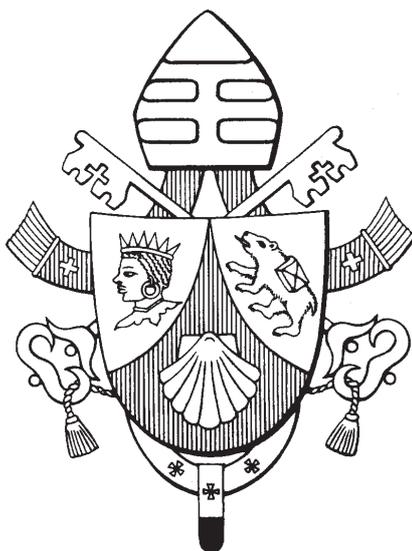
19. Hemos de fijarnos brevemente en las dos etapas esenciales de la concreción política de esta esperanza, porque son de gran importancia para el ca-

mino de la esperanza cristiana, para su comprensión y su persistencia.

20. En el siglo XVIII no faltó la fe en el progreso como nueva forma de la esperanza humana y siguió considerando la razón y la libertad como la estrella-

guía que se debía seguir en el camino de la esperanza. Sin embargo, el avance cada vez más rápido del desarrollo técnico y la industrialización que comportaba crearon muy pronto una situación social completamente nueva: se formó la clase de los trabajadores de la industria y el así llamado «proletariado industrial», cuyas terribles condiciones de vida ilustró de manera sobrecogedora Friedrich Engels en 1845. Para el lector debía estar claro: esto no puede continuar, es necesario un cambio. Pero el cambio supondría la convulsión y el abatimiento de toda la estructura de la sociedad burguesa. Des-

pués de la revolución burguesa de 1789 había llegado la hora de una nueva revolución, la proletaria: el progreso no podía avanzar simplemente de modo lineal a pequeños pasos. Hacía falta el salto revolucionario. Karl Marx recogió esta llamada del momento y, con vigor de lenguaje y pensamiento, trató de encauzar este nuevo y, como él pensaba, definitivo gran paso de la historia hacia la salvación, hacia lo que Kant había calificado como el «reino de Dios». Al haber desaparecido la verdad del más allá, se trataría ahora de establecer la verdad del más acá. La crítica del cielo se transforma en la crítica de la tierra, la crítica de la teología en la crítica de la política. El progreso hacia lo mejor, hacia el mundo definitivamente bueno, ya no viene simplemente de la ciencia, sino de la política; de una po-



Sermón de las Bienaventuranzas, de Cosme Rosselli (Capilla Sixtina)



lítica pensada científicamente, que sabe reconocer la estructura de la historia y de la sociedad, y así indica el camino hacia la Revolución, hacia el cambio de todas las cosas, es una consecuencia lógica de su planteamiento.

27. En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento» (cf. Jn 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente «vida». Empieza a intuir qué quiere decir la palabra esperanza que hemos encontrado en el rito del Bautismo: de la fe se espera la «vida eterna», la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud. Jesús, que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cf. Jn 10,10), nos explicó también qué significa «vida»: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces «vivimos».

30. Resumamos lo que hasta ahora ha aflorado en el desarrollo de nuestras reflexiones. A lo largo

de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra. En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida. Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo. Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar. En este sentido, la época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza del reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero «reino de Dios». Esta esperanza parecía ser finalmente la esperanza grande y realista, la que el hombre necesita. Ésta sería capaz de movilizar –por algún tiempo– todas las energías del hombre; este gran objetivo parecía merecer todo tipo de esfuerzos. Pero a lo largo del tiempo se vio claramente que esta esperanza se va alejando cada vez más. Ante todo se tomó conciencia de que ésta era quizás una esperanza para los hombres del mañana, pero no una esperanza para mí. Y aunque el «para todos» forme parte de la gran esperanza –no puedo ciertamente llegar a ser feliz contra o sin los otros–, es verdad que una esperanza que no se refiera a mí personalmente, ni siquiera es una verdadera esperanza.

Sólo Dios es la gran esperanza

31. Más aún: nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquéllas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es «realmente» vida.

44. La protesta contra Dios en nombre de la justicia no vale. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (cf. Ef 2,12). Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza: Él lo hace. La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es una imagen que exige la responsabilidad. Una imagen, por lo tanto, de ese pavor al que se refiere san Hilario cuando dice que todo nuestro miedo está relacionado con el amor. Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero en su justicia está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado. Ambas –justicia y gracia– han de ser vistas en su justa relación interior. La gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por tener siempre igual valor.

La opción de vida del hombre se hace en definitiva con la muerte; esta vida suya está ante el Juez. Su opción, que se ha fraguado en el transcurso de toda la vida, puede tener distintas formas. Puede haber personas que han destruido totalmente en sí mismas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor. Personas en las que todo se ha convertido en mentira; personas que han vivido para el odio y que han pisoteado en ellas mismas el amor. Ésta es

una perspectiva terrible, pero en algunos casos de nuestra propia historia podemos distinguir con horror figuras de este tipo. En semejantes individuos no habría ya nada remediable y la destrucción del bien sería irrevocable: esto es lo que se indica con la palabra *infierno*. Por otro lado, puede haber personas purísimas, que se han dejado impregnar completamente de Dios y, por consiguiente, están totalmente abiertas al prójimo; personas cuya comunión con Dios orienta ya desde ahora todo su ser y cuyo caminar hacia Dios les lleva sólo a culminar lo que ya son.

María , estrella de la esperanza

49. Con un himno del siglo VIII/IX, por tanto de hace más de mil años, la Iglesia saluda a María, la Madre de Dios, como «estrella del mar»: *Ave maris stella*. La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su «sí» abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14)?

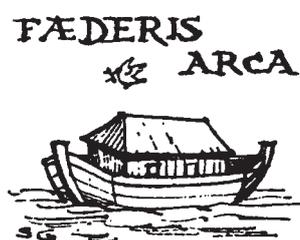
50. Así, pues, la invocamos: Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó «el consuelo de Israel» (Lc 2,25) y esperaron, como Ana, «la redención de Jerusalén» (Lc 2,38). Tú viviste en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel, que hablaban de la esperanza, de la promesa hecha a Abrahán y a su descendencia (cf. Lc 1,55). Así comprendemos el santo temor que te sobrevino cuando el ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Por ti, por tu «sí», la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho «sí»: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Cuando, llena de santa alegría, fuiste apresada por los montes de Judea para visitar a tu pariente



Virgen del Magnificat, de Battista da Vicenza (a. 1438)

Isabel, te convertiste en la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia. Pero junto con la alegría que, en tu *Magnificat*, con las palabras y el canto, has difundido en los siglos, conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del Siervo de Dios en este mundo. Sobre su nacimiento en el establo de Belén brilló el resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores, pero al mismo tiempo se hizo de sobra palpable la pobreza de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón (cf. Lc 2,35), del signo de contradicción que tu Hijo sería en este mundo. Cuando comenzó después la actividad pública de Jesús, debiste quedarte a un lado para que pudiera crecer la nueva familia que Él había venido a instituir y que se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra (cf. Lc 11,27s). No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret ex-

perimentaste la verdad de aquella palabra sobre el «signo de contradicción» (cf. Lc 4,28ss). Así has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delinquentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: «No temas, María» (Lc 1,30). ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, Él les dijo: «Tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). «No tiemble vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14,27). «No temas, María». En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: «Su reino no tendrá fin» (Lc 1,33). ¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14), que recibieron el día de Pentecostés. El «reino» de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este «reino» comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino.



«La comunidad católica, comprometida a sembrar en los surcos de la historia el Reino de Cristo, Señor de la vida y Príncipe de la paz»

Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la celebración eucarística con los nuevos cardenales (25 de noviembre de 2007)

Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo

Señores cardenales;
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;

ilustres señores y señoras;
queridos hermanos y hermanas:

Este año la solemnidad de Cristo, Rey del universo, coronamiento del año litúrgico, se enriquece con la acogida en el Colegio cardenalicio de veintitrés nuevos miembros, a quienes, según la tradición, he invitado hoy a concelebrar conmigo la Eucaristía. A cada uno de ellos dirijo mi saludo cordial, extendiéndolo con afecto fraterno a todos los cardenales presentes. Además, me alegra saludar a las delegaciones que han venido de diversos países y al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede; a los numerosos obispos y sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, y a todos los fieles, especialmente a los provenientes de las diócesis encomendadas a la solicitud pastoral de algunos de los nuevos cardenales.

La solemnidad litúrgica de Cristo Rey da a nuestra celebración una perspectiva muy significativa, delineada e iluminada por las lecturas bíblicas. Nos encontramos como ante un imponente fresco con tres grandes escenas: en el centro, la crucifixión, según el relato del evangelista san Lucas; a un lado, la unción real de David por parte de los ancianos de Israel; al otro, el himno cristológico con el que san Pablo introduce la carta a los Colosenses. En el conjunto destaca la figura de Cristo, el único Señor, ante el cual todos somos hermanos. Toda la jerarquía de la Iglesia, todo carisma y todo ministerio, todo y todos estamos al servicio de su señorío.

Debemos partir del acontecimiento central: la cruz. En ella Cristo manifiesta su realeza singular. En el Calvario se confrontan dos actitudes opuestas. Algunos personajes que están al pie de la cruz, y también uno de los dos ladrones, se dirigen con desprecio al Crucificado: «Si eres tú el Cristo, el Rey Mesías –dicen–, sálvate a ti mismo, bajando

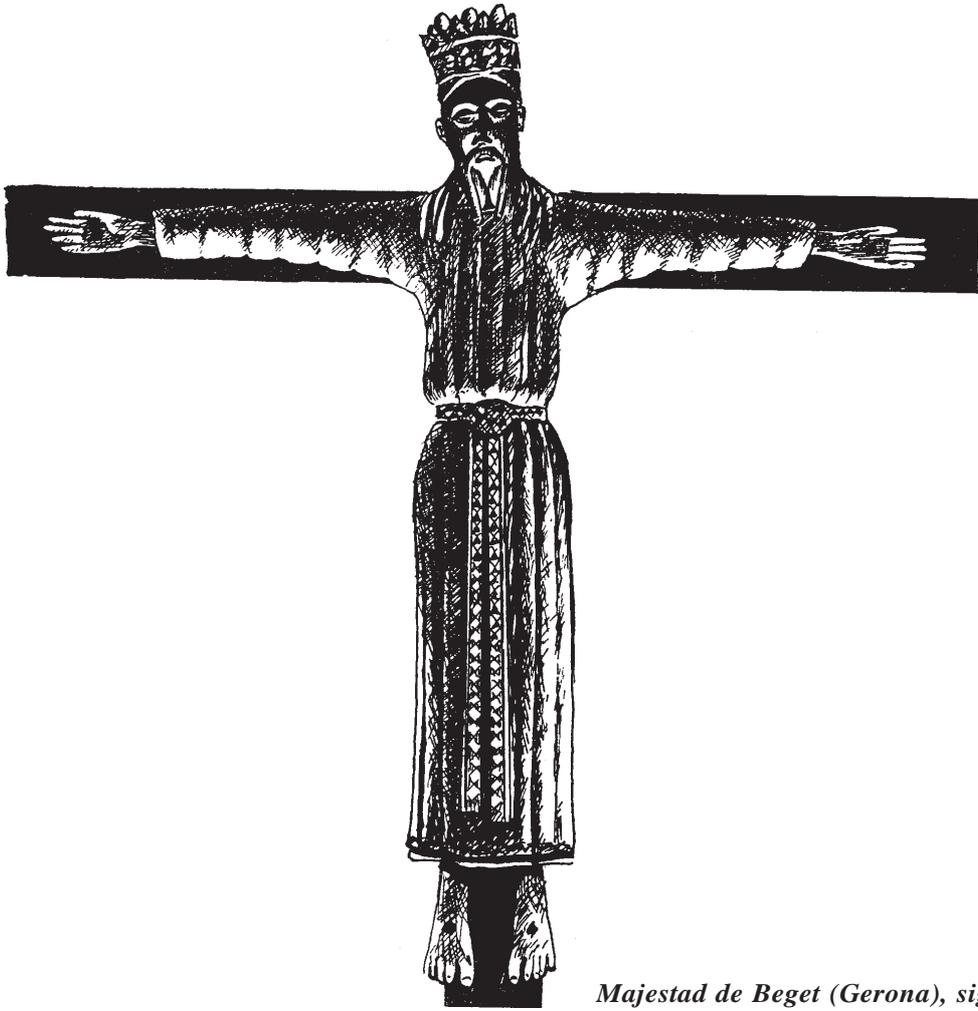
del patíbulo». Jesús, en cambio, revela su gloria permaneciendo allí, en la cruz, como Cordero inmolado.

Con Él se solidariza inesperadamente el otro ladrón, que confiesa implícitamente la realeza del justo inocente e implora: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Lc 23,42). San Cirilo de Alejandría comenta: «Lo ves crucificado y lo llamas rey. Crees que el que soporta la burla y el sufrimiento llegará a la gloria divina» (*Comentario a san Lucas*, homilía 153). Según el evangelista san Juan, la gloria divina ya está presente, aunque escondida por la desfiguración de la cruz. Pero también en el lenguaje de san Lucas el futuro se anticipa al presente cuando Jesús promete al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43).

San Ambrosio observa: «Éste rogaba que el Señor se acordara de él cuando llegara a su reino, pero el Señor le respondió: «En verdad, en verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso». La vida es estar con Cristo, porque donde está Cristo allí está el Reino» (*Exposición sobre el evangelio según san Lucas* 10, 121). Así, la acusación: «Éste es el rey de los judíos», escrita en un letrero clavado sobre la cabeza de Jesús, se convierte en la proclamación de la verdad. San Ambrosio afirma también: «Justamente la inscripción está sobre la cruz, porque el Señor Jesús, aunque estuviera en la cruz, resplandecía desde lo alto de la cruz con una majestad real» (ib., 10,113).

La escena de la crucifixión en los cuatro evangelios constituye el momento de la verdad, en el que se rasga el «velo del Templo» y aparece el Santo de los santos. En Jesús crucificado se realiza la máxima revelación posible de Dios en este mundo, porque Dios es amor, y la muerte de Jesús en la cruz es el acto de amor más grande de toda la historia.

Pues bien, en el anillo cardenalicio que dentro de poco entregaré a los nuevos miembros del sagrado Colegio está representada precisamente la cruci-



Majestad de Beget (Gerona), siglo XII

fixión. Queridos hermanos neo-cardenales, para vosotros será siempre una invitación a recordar de qué Rey sois servidores, a qué trono fue elevado y cómo fue fiel hasta el final para vencer el pecado y la muerte con la fuerza de la misericordia divina. La madre Iglesia, esposa de Cristo, os da esta insignia como recuerdo de su Esposo, que la amó y se entregó a sí mismo por ella (cf. Ef 5,25). Así, al llevar el anillo cardenalicio, recordáis constantemente que debéis dar la vida por la Iglesia.

Si dirigimos ahora la mirada a la escena de la unción real de David, presentada por la primera lectura, nos impresiona un aspecto importante de la realeza, es decir, su dimensión «corporativa». Los ancianos de Israel van a Hebrón y sellan una alianza con David, declarando que se consideran unidos a él y quieren ser uno con él. Si referimos esta figura a Cristo, me parece que vosotros, queridos hermanos cardenales, podéis muy bien hacer vuestra esta profesión de alianza. También vosotros, que formáis el «senado» de la Iglesia, podéis decir a Jesús: «Nos consideramos como tus huesos y tu carne» (2 S 5, 1). Pertenece a ti, y contigo queremos ser uno. Tú eres el pastor del pueblo de Dios; tú eres el jefe de la Iglesia (cf. 2 S 5, 2). En

esta solemne celebración eucarística queremos renovar nuestro pacto contigo, nuestra amistad, porque sólo en esta relación íntima y profunda contigo, Jesús, nuestro Rey y Señor, asumen sentido y valor la dignidad que nos ha sido conferida y la responsabilidad que implica.

Ahora nos queda por admirar la tercera parte del «tríptico» que la palabra de Dios pone ante nosotros: el himno cristológico de la carta a los Colosenses. Ante todo, hagamos nuestro el sentimiento de alegría y de gratitud del que brota, porque el Reino de Cristo, la «herencia del pueblo santo en la luz», no es algo que sólo se vislumbre a lo lejos, sino que es una realidad de la que hemos sido llamados a formar parte, a la que hemos sido «trasladados», gracias a la obra redentora del Hijo de Dios (cf. Col 1,12-14).

Esta acción de gracias impulsa el alma de san Pablo a la contemplación de Cristo y de su misterio en sus dos dimensiones principales: la creación de todas las cosas y su reconciliación. En el primer aspecto, el señorío de Cristo consiste en que «todo fue creado por Él y para Él (...) y todo se mantiene en él» (Col 1,16). La segunda dimensión se centra en el misterio pascual: mediante la muerte en la cruz

del Hijo, Dios ha reconciliado consigo a todas las criaturas y ha pacificado el cielo y la tierra; al resucitarlo de entre los muertos, lo ha hecho primicia de la nueva creación, «plenitud» de toda realidad y «cabeza del Cuerpo» místico que es la Iglesia (cf. Col 1,18-20). Estamos nuevamente ante la cruz, acontecimiento central del misterio de Cristo. En la visión paulina, la cruz se enmarca en el conjunto de la economía de la salvación, donde la realeza de Jesús se manifiesta en toda su amplitud cósmica.

Este texto del Apóstol expresa una síntesis de verdad y de fe tan fuerte que no podemos menos de admirarnos profundamente. La Iglesia es depositaria del misterio de Cristo: lo es con toda humildad y sin sombra de orgullo o arrogancia, porque se trata del máximo don que ha recibido sin mérito alguno y que está llamada a ofrecer gratuitamente a la humanidad de todas las épocas, como horizonte de significado y de salvación. No es una filosofía, no es una gnosis, aunque incluya también la sabiduría y el conocimiento. Es el misterio de Cristo; es Cristo mismo, *Logos* encarnado, muerto y resucitado, constituido Rey del universo.

¿Cómo no experimentar un intenso entusiasmo, lleno de gratitud, por haber sido admitidos a contemplar el esplendor de esta revelación? ¿Cómo no sentir al mismo tiempo la alegría y la responsabilidad de servir a este Rey, de testimoniar con la vida y con la palabra su señorío?

Venerados hermanos cardenales, esta es, de modo particular, nuestra misión: anunciar al mundo la verdad de Cristo, esperanza para todo hombre y para toda la familia humana. En la misma línea del concilio ecuménico Vaticano II, mis venerados predecesores los siervos de Dios Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II fueron auténticos heraldos de la realeza de Cristo en el mundo contemporáneo. Y es para mí motivo de consuelo poder contar siempre con vosotros, sea colegialmente, sea de modo individual, para cumplir también yo esta misión fundamental del ministerio petrino.

Hay un aspecto, unido estrechamente a esta misión, que quiero tratar al final y encomendar a vues-

tra oración: la paz entre todos los discípulos de Cristo, como signo de la paz que Jesús vino a establecer en el mundo. Hemos escuchado en el himno cristológico la gran noticia: Dios quiso «pacificar» el universo mediante la cruz de Cristo (cf. Col 1,20). Pues bien, la Iglesia es la porción de humanidad en la que ya se manifiesta la realeza de Cristo, que tiene como expresión privilegiada la paz. Es la nueva Jerusalén, aún imperfecta porque peregrina en la historia, pero capaz de anticipar, en cierto modo, la Jerusalén celestial.

Por último, podemos referirnos aquí al texto del salmo responsorial, el 121: pertenece a los así llamados «cantos de las subidas», y es el himno de alegría de los peregrinos que suben hacia la ciudad santa y, al llegar a sus puertas, le dirigen el saludo de paz: *shalom*. Según una etimología popular, Jerusalén significaba precisamente «ciudad de la paz», la paz que el Mesías, hijo de David, establecería en la plenitud de los tiempos. En Jerusalén reconocemos la figura de la Iglesia, sacramento de Cristo y de su reino.

Queridos hermanos cardenales, este salmo expresa bien el ardiente canto de amor a la Iglesia que vosotros ciertamente lleváis en el corazón. Habéis dedicado vuestra vida al servicio de la Iglesia, y ahora estáis llamados a asumir en ella una tarea de mayor responsabilidad. Debéis hacer plenamente vuestras las palabras del salmo: «Desead la paz a Jerusalén» (v. 6). Que la oración por la paz y la unidad constituya vuestra primera y principal misión, para que la Iglesia sea «segura y compacta» (v. 3), signo e instrumento de unidad para todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1).

Pongo, más bien, pongamos todos juntos esta misión bajo la protección solícita de la Madre de la Iglesia, María santísima. A ella, unida al Hijo en el Calvario y elevada como Reina a su derecha en la gloria, le encomendamos a los nuevos purpurados, al Colegio cardenalicio y a toda la comunidad católica, comprometida a sembrar en los surcos de la historia el reino de Cristo, Señor de la vida y Príncipe de la paz.

Monseñor Luis Martínez Sistach, cardenal de la Iglesia

Entre los veintitrés nuevos cardenales creados por Su Santidad el papa Benedicto XVI se halla el arzobispo de Barcelona, monseñor Luis Martínez Sistach. Desde estas páginas expresamos al nuevo purpurado la más cordial felicitación y le deseamos una fecunda labor en bien de la Iglesia de Barcelona y de la Iglesia universal.

NAVIDAD 2007

*CRISTIANDAD desea a todos sus lectores y colaboradores
la paz y el gozo de la Navidad*



A L'ENFANT JÉSUS

(Santa Teresa del Niño Jesús)

Jésus, tu connais mon nom,
Et ton doux regard m'appelle...
Il me dit: «*Simple abandon*,
Je veux guider ta nacelle».

De ta petite voix d'enfant,
Oh! quelle merveille!
De ta petite voix d'enfant
Tu calmes le flot mugissant,
Et le vent.

Si tu veux te reposer,
Alors que l'orage gronde,
Sur mon coeur daigne poser
Ta petite tête blonde.

Que ton sourire est ravissant
Lorsque tu sommeilles!
Toujours avec mon plus doux chant,
Je veux te bercer tendrement,
Bel Enfant!

Décembre 1896

AL NIÑO JESÚS

Jesús, tú conoces mi nombre
y tu dulce mirada me invita...
Ella me dice: «*Simple abandono*,
yo quiero guiar tu barquita».

Tu pequeña voz infantil,
¡oh, inmensa maravilla!
Tu pequeña voz infantil
calma la tempestad que ruge,
y el viento.

Si tú quieres descansar,
cuando se agitan las olas,
sobre mi corazón ven a posar
tu cabecita rosada.

¡Qué sonrisa maravillosa
cuando sueñas!
Con el más dulce de mis cantos,
quiero acunarte tiernamente,
¡Niño hermoso!

A L'INFANT JESÚS*

Jesús, al «simple abandó»
el teu dolç esguard em crida
i em diu: «*Vull guiar el timó*
de ta barqueta eixerida».

Amb ta veueta d'Infant,
oh, la dolça meravella!
amb ta veueta d'Infant
calmes la mar que es va alçant
udolant.

Si volies reposar
quan s'arbora la tempesta,
si volies reposar,
vine en mon cor a posar
ta petita rosa testa.

Ton somriure, quin encant
quan dorms i somnies!
Sempre, sempre amb el meu cant
voldria anar-te gronxant,
Bell Infant!

* Versión de Maria Antònia Salvà.

El Cielo

(una pequeña reflexión)

DR. JUAN ANTONIO MATEO GARCÍA, PBRO.

SANTA Teresa del Niño Jesús exclamaba llena de convicción: «Marchons en paix en regardant le Ciel, l'unique but de nos travaux». Caminemos en paz mirando al Cielo, el único fin de nuestros trabajos. ¡Cuánta teología se esconde en esta sencilla frase! ¡Y qué profunda! Los Santos son siempre los mejores teólogos.

Teresa se daba cuenta de que estamos hechos para el Cielo, para la perfecta posesión de Dios. En una oración que compuso pedía: «Quiero revestirme de vuestra propia Justicia y recibir de vuestro Amor la eterna posesión de Vos mismo...». El Cielo es Dios mismo, su eterna visión. San Agustín también lo intuía: «Nos hiciste, Dios mío, para ti y nuestro corazón anda inquieto hasta que no repose en ti». Sólo Dios puede llenar del todo nuestro corazón, porque Él nos ha hecho para Él y nos llama gratuitamente a gozar de su amor. Hablar del Cielo es hablar de la máxima felicidad a que puede esperar nuestro corazón, una felicidad inamisible. El *Catecismo de la Iglesia católica* insiste en esta idea: «esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y de amor con ella, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama «el cielo». El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha» (n. 1024). Esto significa que si no vamos al Cielo hemos fracasado en lo más importante de la vida. Al final, sólo caben dos situaciones: o seremos santos en el Cielo, inmensamente felices por toda la eternidad, o estaremos condenados, en el infierno, sumamente desgraciados para siempre. Es cuestión, pues, de que nos lo tomemos en serio y actuemos en consecuencia.

Y podríamos preguntarnos: ¿Qué he de hacer para ir al Cielo? No es una pregunta superficial, sino muy profunda, que nos recuerda aquella que, en el Evangelio, un joven formuló a Jesús: ¿Maestro bueno, qué debo hacer para tener la vida eterna en herencia? En realidad es la única pregunta que verdaderamente importa.

Juan Pablo II, en una catequesis sobre el Cielo decía: «Cuando haya pasado la figura de este mundo, los que hayan acogido a Dios en su vida y se hayan abierto sinceramente a su amor, por lo menos en el momento de la muerte, podrán gozar de la plenitud de comunión con Dios, que constituye la meta de la existencia humana». El Papa nos da así una

pista muy importante. Para ir al Cielo hay que acoger el amor de Dios en nuestra vida. La comunión de amor eterna que se dará en el Cielo se inicia en la tierra por la comunión de la fe, la vida de fe y la gracia. Aquí empezamos a gustar el Cielo. Tal vez muchas personas no se plantean seriamente el Cielo porque parten de la falsa idea de que tiene poco o nada que ver con nuestra vida en la tierra. Jesús nos aconseja «atesorar tesoros para el Cielo» en esta tierra. Nuestra futura morada se inaugura en este mundo con una vida de santidad y justicia. No es por casualidad que Jesús, al joven que le pregunta cómo ir al Cielo, le responde: «Cumple los mandamientos...».

Hoy en día y perdonen la ironía, se asiste cada día a numerosas canonizaciones. Es frecuente en muchos funerales proclamar que «nuestro hermano o hermana ya está en el Cielo». Si tuviéramos este conocimiento debería cesar al instante la Misa de exequias para ser sustituida por una Misa en acción de gracias por la glorificación de nuestro hermano o hermana difunto. Nosotros oramos a Dios y es obra de gran piedad, por la eterna salvación de nuestros hermanos difuntos pero es una presunción insoponible querer saber si ya se ha alcanzado la perfecta salvación. Hablar del Cielo supone el trasfondo del Purgatorio y del Infierno, pero esto no es objeto de nuestra reflexión. Lo que debe quedar claro es que Dios nos espera a todos en el Cielo, pero que hay que cooperar seriamente a nuestra salvación. Citando nuevamente a San Agustín: «Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti».

Dios, en Cristo nos llama a la plena salvación. En Cristo glorificado y en María Santísima, la humanidad entra en el Cielo. Juan Pablo II, en la mencionada catequesis, recordaba un denso texto de san Pablo al respecto: «Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros pecados, nos vivificó juntamente con Cristo –por gracia habéis sido salvados– y con Él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús» (Ef 2, 4-7). Las criaturas experimentan la paternidad de Dios, rico en misericordia, a través del amor del Hijo de Dios, crucificado y resucitado, el cual, como Señor, está sentado en los cielos a la derecha del Padre.

Nuestro ardiente deseo de ir al Cielo, a la perfecta comunión con Dios y con los bienaventurados, reposa sobre todo en la misericordia de Dios. Quiero recordar otro fragmento de la oración de Teresa de Lisieux: «¡Oh, Dios mío! Trinidad Bienaventurada... Después del exilio de la Tierra, espero ir a gozar de Vos en la Patria... Compareceré delante de vos con las manos vacías. Todas nuestras justicias están manchadas ante vuestros ojos. Quiero revestirme de vuestra propia Justicia...». Un precioso canto de la tradición católica, la célebre secuencia *Dies Irae*, lo expresaba magníficamente: «Deus tremendae maiestatis, qui salvandos salvas gratis, salva me fons pietatis...». Dios que salva gratis a los que han de ser salvados. El Cielo es el supremo don que debemos disponernos a acoger con infinita gratitud, humildad y profundo sentido de indignidad.

Esta suprema felicidad que anhelamos y que Dios quiere concedernos debe ser descrita con moderación, conscientes de los límites de nuestro lenguaje. Enseña Juan Pablo II: «Es preciso mantener siempre cierta sobriedad al describir estas realidades últimas, ya que su representación resulta siempre inadecuada. Hoy el lenguaje personalista logra reflejar de una forma menos impropia la situación de felicidad y paz en que nos situará la comunión definitiva con Dios».

El *Catecismo de la Iglesia católica* sintetiza la enseñanza eclesial sobre esta verdad afirmando que, «por su muerte y su resurrección, Jesucristo nos ha abierto» el cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo, que asocia a su glorifica-

ción celestial a quienes han creído en Él y han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a él» (n. 1026).

Caminemos, pues, en santa paz, con nuestra mirada puesta en el Cielo. San Pablo así lo hacía y nos testimoniaba que todos los sufrimientos del mundo presente nada son comparados con la gloria que ha de revelarse en los elegidos. El atleta asume con gozo duros trabajos y sacrificios con la mirada puesta en el triunfo del vencedor. Corramos en el noble combate sabiendo que si permanecemos fieles hasta la muerte recibiremos la corona de la vida. Sin la perspectiva del Cielo todo carecería de sentido.

Y no olvidemos que el cristiano pregusta el Cielo en la tierra. En la parte final de la catequesis sobre el Cielo, Juan Pablo II nos lo recuerda oportunamente: «Con todo, esta situación final se puede anticipar de alguna manera hoy, tanto en la vida sacramental, cuyo centro es la Eucaristía, como en el don de sí mismo mediante la caridad fraterna. Si sabemos gozar ordenadamente de los bienes que el Señor nos regala cada día, experimentaremos ya la alegría y la paz de que un día gozaremos plenamente. Sabemos que en esta fase terrena todo tiene límite; sin embargo, el pensamiento de las realidades últimas nos ayuda a vivir bien las realidades penúltimas. Somos conscientes de que mientras caminamos en este mundo estamos llamados a buscar «las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Col 3, 1), para estar con Él en el cumplimiento escatológico, cuando en el Espíritu Él reconcilie totalmente con el Padre «lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1, 20).

Por María vendrá la paz y la unidad

Entonces fue cuando Pío IX, hablando en nombre de esta santa Iglesia, cuyo intérprete y doctor era, después de haberle enseñado con autoridad infalible lo que debe creer acerca de la Concepción de María, expresó, con las siguientes consoladoras palabras, lo que él esperaba como resultado del triunfo decretado a su augusta reina:

«Nos, con firmísima esperanza y absoluta confianza, nos esforzamos en conseguir de la Bienaventurada Virgen María, que se digne otorgarnos que la Iglesia, desaparecidas todas las dificultades y deshechos todos los errores, florezca en el universo entero, para que todos los extraviados vuelvan al camino de la verdad, y se forme un solo rebaño y un solo pastor».

ENRIQUE RAMIÈRE:

Las esperanzas de la Iglesia

La bienaventuranza celestial de la Ciudad de Dios

GUILLERMO PONS PONS

EL misterio insondable del amor infinito de Dios y la comprensión profunda de la esencia del hombre, creado a imagen de Dios y dotado de la capacidad de unirse a Él con una decisión libre, bien que ayudado por la gracia divina, son realidades que suscitan en el alma preguntas e inquietudes profundas, pero que a la vez hacen descubrir una luz maravillosa que alumbró los caminos de la vida.

Los dos destinos imperecederos que se abren para el ser humano, el cielo y el infierno, se le presentan de un modo muy diverso y contrapuesto. El destino infernal es el que el hombre se busca por sí mismo, el que se procura cuando no quiere recibir nada como donación, sino sólo bastarse a sí mismo, ser autónomo e independiente. Por el contrario, el cielo sólo puede recibirse como una dádiva, en definitiva como una gracia, como algo superior añadido a su naturaleza y a sus expectativas.

El cielo es efecto de un amor gratuito y compartido; el infierno se establece en la soledad de quienes no aceptan el don del amor; es el aislamiento definitivo de los que se encierran en sí mismos, quieren ser árbitros de su existencia y rehúsan ser favorecidos.¹ San Agustín comprendió muy claramente esta contraposición radical que configura a las «dos ciudades» que persistirán hasta el fin de los siglos e incluso en el más allá de la vida temporal: «Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloría en sí misma; la segunda se gloría en el Señor».²

La esperanza no defrauda

LA angustia más radical que ha ido experimentando el hombre y que ha quedado consignada en las más variadas culturas y situaciones, ha surgido de la convicción de que irremisiblemente se encamina hacia el umbral de la muerte, que habrá de franquear en soledad, sin la compañía de los seres queridos y sin la protección de las personas allegadas. Esta experiencia se asemeja a la de

quien solo y amedrentado atraviesa durante la noche un tupido bosque, tal como lo ha descrito Virgilio, en donde se filtra, a través del follaje movedizo de los árboles, la tenue e inquietante luz de la luna y las estrellas (*per incertam lunam sub luce maligna est iter in silvis*).³ Esta inquietud humana frente a la muerte, tan normal y turbadora, ha experimentado una honda transformación para los creyentes en Cristo, una vez que Él ha atravesado las puertas de la muerte y ha prometido no abandonarles jamás: *El que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*.⁴

La muerte, por tanto, ya no debería ser angustiosa para quienes ponen su esperanza en el Señor. La inquietud del alma sólo puede derivar de la posibilidad tremenda del rechazo al amor, lo cual debe constituir una constante llamada a la conversión, invocando confiadamente al que es *Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo*.⁵ Es muy consoladora la doctrina que expone san Pablo cuando, hablando de la justificación como prenda de salvación eterna, nos dice: *La esperanza no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado*.⁶

El amor y la esperanza guardan una íntima unión. El siervo de Dios y gran testigo de la fe, cardenal Van Thuan, lo pone de relieve en su libro *Testigos de esperanza*, cuando dice: «Los santos son expertos en este amor sin límites. A menudo en mi vida he pedido a sor Faustina Kowalska que me haga comprender la misericordia de Dios. Y cuando visité Paray-le-Monial, me impresionaron las palabras que Jesús dijo a santa Margarita María de Alacoque: Si crees, verás el poder de mi corazón».⁷ Y después de añadir que junto a Jesús querría ser «fuente de esperanza en el jardín del mundo» invoca a María como «Madre de la esperanza y Madre de la gracia».⁸ Estos son, sin duda, los caminos que nos han de conducir a la bienaventuranza definitiva de la Ciudad de Dios.

3. *Eneida*, VI, 270-271.

4. Jn 8, 12

5. 2 Co 1, 3.

6. Rm 5, 5.

7. F. X. NGUYEN VAN THUAN, *Testigos de esperanza*, Ciudad Nueva, Madrid 2000, 31.

8. *Ibid.*, 32-33.

1. Cf. JOSEPH RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Planeta De Agostini, Barcelona 1995, 273 s.

2. *La Ciudad de Dios*, XIV, 28: BAC 172, 137.

Al encuentro del Señor

VIVIR en comunión de amor con la Santísima Trinidad, esa es en esencia la bienaventuranza eterna. Es la plena posesión de los frutos de la Redención; es «el estado de felicidad suprema y definitiva».⁹ San Agustín lo expresa con estas frases llenas de profundidad y de enjundia espiritual, con las que da conclusión a su obra maestra *La ciudad de Dios*: «Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que habrá al fin, mas sin fin. Pues ¿qué otro puede ser nuestro fin sino llegar al reino que no tiene fin?».¹⁰

La ascensión de Cristo al cielo, que viene a ser la culminación del misterio del Verbo encarnado, ha establecido una maravillosa comunicación entre Dios y la humanidad, entre el tiempo y la eternidad. El cielo cristianamente considerado no hemos de entenderlo como un lugar o una región espacial que se hallen en una dimensión extraterrestre. Joseph Ratzinger en su obra *Introducción al cristianismo* se refería a este misterio con luminosas palabras: «Diremos más bien que se entrelazan el “cielo” y la “ascensión de Cristo al cielo”; sólo en esta unión veremos el sentido cristológico, personal e histórico del mensaje cristiano sobre el cielo». Y añadía: «Hemos de definir el cielo como un contacto de la esencia hombre con la esencia Dios. Esta unión de Dios y el hombre en Cristo que venció al *bios* [o sea la vida con sus limitaciones] por la muerte, se ha convertido en vida nueva y definitiva».¹¹

He aquí por qué, ya desde los primeros escritos del Nuevo Testamento, se vincule tan estrechamente el concepto de cielo con el de *estar con Cristo*. No se trata de un cristocentrismo que olvide el misterio trinitario, sino de una concepción cristiana fundamental, basada en el plan divino por el que «se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino».¹² En la carta a los Filipenses, en efecto, expresa Pablo su más vivo anhelo de emigrar hacia el cielo y dice: *Deseo partir y estar con Cristo, lo cual ciertamente es con mucho lo mejor*,¹³ y en la 1ª carta a los Tesalonicenses considera que en la *parusía*, los fieles habrán de subir hacia lo alto yendo *al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor*.¹⁴

Es Jesús mismo quien en el evangelio de san Juan

dice a sus discípulos en el sermón de la cena: *En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros*.¹⁵ Toda la espera confiada de la Iglesia se apoya en esta promesa de la segunda venida de Cristo que se vincula con la bienaventuranza eterna y que se repite muchas veces en el Nuevo Testamento.

Toda la Iglesia a través de los siglos ha mantenido fielmente esta esperanza segura de *estar con Cristo*, y ha considerado que ya de algún modo se anticipa mediante la vida sacramental, la oración y la fidelidad en el amor. *La Imitación de Cristo* lo expresa así: «¿Qué puede dar el mundo sin Jesús? Estar sin Jesús es grave infierno; estar con Jesús es dulce paraíso».¹⁶ En la simbología del Apocalipsis el nombre nuevo escrito en una piedra blanca, color de victoria y de alegría, tal como se manifiesta en la resurrección de Cristo, significa la renovación interior que se alcanza al vivir plenamente insertados en Cristo Jesús.¹⁷

En unión con María, los ángeles y los santos

Es evidente que la estrecha unión existente entre todos los hijos de Dios y miembros de una misma familia en Cristo, no se disocia, sino que se mantiene y acrecienta en la Iglesia triunfante.

En María, la madre del Señor, tiene una continuidad eterna la misión maternal que le confió Jesús desde la cruz.¹⁸ Chiara Lubich expresa esta vinculación de las almas con María con estas muy expresivas palabras: «Y si alguien, para su dicha, la comprende [a María] ella lo transporta a su Reino de paz, donde Jesús es rey y el Espíritu Santo es el aliento de ese cielo. Desde allí, purificados de nuestras escorias e iluminados en nuestra oscuridad, la contemplaremos y gozaremos de ella, como un paraíso añadido, como un paraíso aparte».¹⁹

No se crea, sin embargo, que sólo con el paso del tiempo se ha prestado atención a los vínculos de María con los bienaventurados. Dante Alighieri, en *La Divina Comedia*, pone en boca de san Bernardo estas palabras dirigidas a la Virgen: «Eres aquí para

9. *Catecismo de la Iglesia católica. Compendio*, 209.

10. *La Ciudad de Dios*, 22, 30, 5: BAC 172, 957-958.

11. JOSEPH RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, cit., 274.

12. Pregón pascual de la liturgia romana.

13. Flp 1, 23.

14. 1 Tes 4, 17.

15. Jn 14, 2-3.

16. *Imitación de Cristo*, libro 2º, capítulo 8º, traducción del P. Juan Nieremberg. S. J.

17. Cf. Ap 2, 17.

18. Jn 19, 26-27.

19. CHIARA LUBICH, *María, transparencia de Dios*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, 96.



Coronación de la Virgen. Tímpano derecho de la puerta meridional del crucero. Catedral de Estrasburgo, siglo XIII.

nosotros Sol de caridad, y abajo para los mortales, vivo manantial de esperanza».²⁰ Y muchos siglos antes, san Jerónimo, escribiendo a Eustoquia, le habla de la acogida que la Virgen le hará, al llegar ella al cielo: «¿Cómo será aquel día cuando María, madre del Señor, te saldrá al encuentro acompañada de los coros de vírgenes; cuando, pasado el Mar Rojo y hundido el faraón con su ejército, entone al son del tamboril el himno que responderá el coro: *Cantemos al Señor, pues se cubrió de gloria*».²¹

San Amadeo de Lausana, en el siglo XII, dedica una de sus homilías marianas a ensalzar la gloria de la Virgen María en el cielo y el desempeño de su misión asociada a Cristo, y dice: «En fin, la proclamarán bienaventurada una multitud de personas de todo sexo, de toda edad, de toda condición y dignidad; y un pueblo innumerable la aclamará con gozo, viéndose salvado por los méritos y súplicas de ella, y hallándose colocado a la derecha y recibiendo la corona de manos del Señor que es bondadoso».²²

Por lo que toca a los ángeles, hemos de partir de la convicción claramente manifestada por san Agustín acerca de que «somos con ellos una sola Ciudad de Dios, a la cual se dice en el salmo: *¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!* (Sal 86,3)».²³ Cabe poner de relieve cómo la tradición

cristiana desde los primeros tiempos ha considerado a los ángeles como *psycogogos*, o sea, guías o conductores de las almas en el tránsito hacia la otra vida. Es ya en la parábola evangélica del mendigo Lázaro, donde se dice: *Sucedió que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham*.²⁴

Sobre los ángeles que asisten a los mártires en su ascensión a la gloria, según la visión de Sáturo que forma parte de las actas de las santas Perpetua y Felicidad, san Agustín se expresa así: «¿Qué sucederá una vez que las almas de los mártires, después de los sudores de combate tan peligroso, sean liberados de estas cadenas, recibidas en triunfo por los ángeles y reconfortadas allí donde no se les diga: “Cumple lo que te he mandado”, sino: “Recibe lo que te prometí”? ¡Qué gozo espiritual las alimenta! ¡De qué seguridad gozan en el Señor y cuán sublime el honor y la gloria que reciben!».²⁵

Respecto de la comunicación entre las almas santas en el cielo, no cabe duda de que podemos considerarla como una fuente de gozo espiritual que cabe insertar en lo que suele denominarse motivos de una felicidad accidental, o sea, que se añaden a la felicidad esencial, que es la unión con Dios. El P. Hertling, antiguo profesor de la Universidad Gregoriana se expresaba así: «El trato mutuo en el cielo será, pues,

20. *La Divina Comedia*, Paraíso, canto 33.

21. *Carta*, 22, 41: BAC 530, 259.

22. *Ocho homilías marianas*, VIII, La gloria de la Bienaventurada Virgen María, BAC minor 92, 111.

23. *La Ciudad de Dios*, X, 7: BAC 171, 612.

24. Lc 16, 22.

25. *Sermón* 280, 4: BAC 448, 86-87.

una siempre encantadora reunión del más rico contenido, un encontrarse siempre nuevo de las almas más nobles, un disfrutar juntamente de la dicha ajena y un dejar disfrutar también de la propia, sin que la ilimitada abundancia lleve al cansancio o, acaso, al deseo de estar solo [...] No se puede hablar de molestias en el cielo en donde cada uno está en posesión plena de la felicidad personal».²⁶

La identidad personal, los lazos de familia y de amistad

CON cierta insistencia puede atormentarnos la pregunta de si en la otra vida tendremos conciencia de nuestro pasado y de si se mantendrá la identidad de nuestro yo. Ello se debe en buena parte a que nuestra imaginación no es capaz de figurarse debidamente cómo es la vida inmortal. Cuando hablamos de olvido, empleamos una categoría que no cabe insertar en el mundo del espíritu. Con ese olvido se extinguiría el propio yo, extinción que no puede compaginarse con la dignidad humana, y menos aún con la bondad divina.

Los misterios de Cristo el Salvador añaden aún una nueva luz a la esencia del hombre. Así lo explica Joseph Ratzinger: «Hemos dicho que la resurrección y la ascensión del Señor eran la unión definitiva de la esencia hombre con la esencia Dios que da al hombre la posibilidad de conservar siempre su ser. Eso lo entendíamos como la dinámica preponderancia del amor en contra de la muerte y como la decisiva “mutación” del hombre y del cosmos en la que desaparecen los límites del *bios* y se crea un nuevo espacio existencial».²⁷

¿En el cielo se reconocerán los miembros de una familia que gocen de la felicidad incomparable de estar junto a Dios? El padre Hertling se expresa a este respecto con claridad meridiana y dice: «Esto no lo puede poner en tela de juicio en absoluto el que cree en Cristo».²⁸ ¡Respuesta consoladora y plenamente segura! Se apoya, efectivamente, en el amor de Dios y en la santidad del matrimonio. Aunque las relaciones de familia, y también las de amistad, puedan tener sus fallos y limitaciones, predomina el plan salvífico de Dios. En la encíclica *Deus charitas est* de Benedicto XVI se dice: «La vida de los santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte».²⁹

Es evidente que la muerte no puede destruir los vínculos santos de familia y de amistad, que quedan enaltecidos y transfigurados por el amor de Cristo muerto y resucitado por amor.

Oremos con el beato Contardo Ferrini

ESTE hombre, prestigioso profesor de derecho romano y entregado generosamente al apostolado seglar, que falleció en 1902, a los 43 años de edad, dejó escritos unos reconfortantes pensamientos acerca de la muerte y la vida eterna, precioso testimonio de fe y esperanza.

He aquí su actitud interior frente a la muerte cuya cercanía parece entrever: «Pronto declinan las sombras nocturnas, presto huyen las rápidas horas del día y caerá la tarde de nuestra existencia. Pero nosotros no lloramos como los huérfanos de esperanza, sino que nos alegramos, oh Señor, por ver próximo el cumplimiento de tus promesas. Aquel Dios, cuyos atractivos y cuya dulzura habíamos experimentado tan vivos en este destierro, a ese mismo Dios veremos pronto. ¡Oh santa felicidad la nuestra; oh júbilo y paz de nuestra vida cuando guiada, Dios mío, por nuestro espíritu, termine en vuestros brazos amorosos! ¡Oh muerte bendecida si con tu mano llegas a abrirnos las puertas de la inmortalidad!».

Escribiendo a un amigo le comunicaba el don del consuelo y le decía: «Dejaremos este suelo de destierro y veremos a Dios en la Patria suspirada». En un cuaderno de apuntes espirituales dejó escrito: «¡Moriría gustoso! ¡Oh momento querido el de dormirnos confiados en el Señor! ¡Oh qué paz tan deseable la del sepulcro tranquilo; camposanto de mis montañas, santificado por el rocío de lágrimas piadosas! ¡Oh instante afortunado el del primer abrazo de nuestras almas con Dios!».

El beato Contardo estaba imbuido del espíritu del franciscanismo, que le hacía sentirse inmerso en el don de la paz; pero sobre todo la fe trinitaria fortalecía su espíritu: «Llegará un día en que el Padre nos estreche en su seno y nos corone; en que el Hijo nos diga: *Venid vosotros los que habéis recibido la bendición de mi Padre*; día en que el Paráclito nos colmará de sus dones». No olvidaba el ministerio angélico propio del atardecer de la vida: «Llegará el momento en que digamos: *he consumado mi jornada*. Y cerrarán los ángeles nuestros ojos en la tranquilidad del reposo».³⁰

26. LUDWIG HERTLING, *El Cielo*, «Sal Terrae», Santander 1960, 117.

27. JOSEPH RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, cit., 275.

28. LUDWIG HERTLING, *El Cielo*, cit., 125.

29. *Deus charitas est*, 42.

30. JOSÉ M^a. SÁENZ DE TEJADA, *La devoción al Corazón de Jesús y la buena muerte*, «El Mensajero», Bilbao 1952, 231-232.

El olvido de la vida futura

*Fagmento de la encíclica de León XIII
«Laetitiae sanctae» (8 de septiembre de 1893)*

EL tercer capítulo de males a que se ha de buscar remedio se manifiesta especialmente en los hombres de nuestro tiempo. Los de otras épocas, aun cuando amaran las cosas terrenales incluso más viciosamente, no despreciaban al menos tan por completo las cosas del cielo; los mismos sabios de entre los paganos enseñaron, como cosa admitida, que para nosotros la vida es un hospedaje y no una morada; un alojamiento de paso y no un domicilio. Ahora, en cambio, hay muchísimos hombres que, a pesar de instruidos en la ley cristiana, persiguen los inestables bienes de esta vida en forma tal, que quisieran no ya borrar de su memoria esa superior patria de la vida sempiterna, sino hasta destruirla y aniquilarla como una suma ignominia, sin atender la advertencia de san Pablo: «No tenemos aquí la patria definitiva, sino que buscamos la futura». Si se buscan las causas de tal estado de cosas, se hallará, en primer lugar, que muchos viven persuadidos de que con la idea de las cosas futuras se postergan el amor y la prosperidad de la patria terrena y de la sociedad; pero nada más odioso ni más equivocado. La naturaleza de las cosas que esperamos no es, en efecto, de tal índole que arrebate las mentes de los hombres hasta el extremo de apartarlas por completo de las atenciones de los bienes presentes, ya que Cristo mandó, en efecto, que se buscara el reino de Dios, y en primer lugar indudablemente, pero no dejando a un lado lo demás. Puesto que, en el uso de las cosas presentes y en los honestos placeres que de ellas pueden obtenerse, si ayudan al desarrollo y premio de las virtudes, e igualmente en el esplendor y culto de la sociedad terrena, con que brilla magníficamente la unión de los mortales, si imita el esplendor y culto de la sociedad celestial, nada hay que desdiga de la condición humana ni nada que se oponga a los planes divinos. Pues Dios es el autor de la naturaleza y de la gracia, no para que la una se oponga a la otra y luchen entre sí, sino para que marchen unidas en amistosa alianza, y bajo la conducta de ambas alcancemos nosotros, finalmente, por un camino más fácil, aquella imperecedera felicidad para que hemos nacido los mortales. Pero los hombres dados a los placeres, sin más amor que el de sí mismos, que someten servilmente y sin

excepción sus pensamientos a las cosas caducas, hasta no poder elevarse sobre éstas, éstos, más bien que apetecer los bienes eternos en vez de los visibles que disfrutan, pierden por completo hasta la perspectiva misma de la eternidad, caídos en la condición más indigna. Y no ha podido la divina voluntad castigar a los hombres con pena más grave que permitirles pasar toda la vida persiguiendo los halagos de los placeres, sin acordarse de los bienes eternos. Pero de este peligro se verá libre, sin duda alguna, el que, practicando la devoción del Rosario, traiga frecuentemente a la memoria y atentamente medite los misterios gloriosos que en él se proponen. Ya que en tales misterios se proporciona a las mentes cristianas una muy clara luz para percibir aquellos bienes que, no obstante escapar a la mirada de los ojos, nos consta con certeza que ha preparado Dios para los que le aman. Ellos nos enseñan que la muerte no es destrucción que todo lo destruye y aniquila, sino una emigración y un cambio de vida. Ellos, que el camino del cielo está abierto para todos y, cuando vemos a Cristo que regresa allá, recordamos su feliz promesa: «Voy a prepararos el lugar». Ellos, que ha de venir un tiempo en que Dios enjugará las lágrimas de nuestros ojos, y ni el llanto, ni las lamentaciones, ni el dolor volverán a existir más, sino que estaremos siempre en presencia del Señor, semejantes a Dios, pues lo veremos como es, gozando del torrente de su felicidad y conciudadanos de los santos, en comunión beatísima con la gran Reina y Madre. Contemplando estas cosas, el alma necesariamente se inflama y repite aquello del varón santo: «¡Qué sórdida me parece la tierra cuando contemplo el cielo!»; o también, y a modo de consuelo, que lo momentáneo y leve de nuestra tribulación presente opera en nosotros el peso de la gloria eterna. Esta es, realmente, la única razón de unir este tiempo presente con la eternidad, la patria terrenal con la del cielo; la única con que las almas se hacen fuertes y excelsas. Las cuales, si se logra reunir las en gran cantidad, harán estable la dignidad y grandes a las naciones; florecerán lo verdadero, lo bueno y lo bello, expresados en conformidad con aquella norma que es supremo principio y fuente perenne de toda verdad, de toda bondad y de toda belleza.

El Cielo prometido sí mueve mi amor

El Paraíso de la Divina Comedia

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ

LA mirada del hombre que alardea de moderno con satisfacción y hasta con vanidad centra sus inquisiciones a ras del suelo. Pocas cosas más detienen su atención si no es para rechazarlas. Ha atrofiado su capacidad de levantar la cabeza y mirar al cielo, el atributo por el que los griegos denominaron a los hombres «ántropos». Los creyentes sabemos que el cielo no es simplemente un arriba distinguido, sino la morada de Dios, el objetivo final de nuestra existencia, la causa por la que el mismo Verbo de Dios se hizo hombre, murió en una cruz, resucitó de entre los muertos, instituyó la Iglesia y le encargó predicar la Buena Nueva de la salvación, para que los que tenemos la condición de esclavos nos hiciéramos, por gracia, hijos de Dios y herederos del cielo.

Hoy no es habitual escuchar en las iglesias predicar con rotundidad ni de la vida eterna a la que estamos destinados ni del cielo. La fe se debilita sin el poder vivificante de la esperanza y la caridad oscurece el esplendor divino que debe impregnar cualquier acto, por mínimo que sea, de fraternidad. Dios quiso que «el cielo prometido» a nuestra real naturaleza humana fuera un incentivo para movernos hacia el verdadero amor, como el infierno «tan temido» es y ha sido un revulsivo que sí nos mueve para dejar de ofenderle.

Más claro que nosotros lo tenían los medievales. En este valle de lágrimas, la realidad sobrenatural impregnaba la vida cotidiana. Pensar, alabar y proclamar la soberanía de Dios era el acicate para atender los afanes y cuidados del mundo terrenal y no una evasión. Cumplir con las obligaciones del estado o menester personal abría las puertas del cielo. Bien que, como sabedores de nuestra fragilidad, confiaban además alcanzar por las misericordias del Señor, la protección de los santos y el amparo maternal de la Virgen María. «Mas cumple tener buen tino para andar esta jornada sin error».

Aquellos esplendorosos siglos XII, XIII y unos pocos años del fatídico XIV nos legaron los fundamentos irrenunciables de una sociedad cristiana. Miedo da hablar usando la terminología de las clasificaciones didáctico-pedagógicas de la Historia o de las Artes. Todo lo encuadrado en el ayer te lo presentan como antiguo, pasado, caduco y sin vigencia. Qué error. Cuánta sensibilidad animista, supersticiosa,

fetichista, confiada en horóscopos, astros, fases de la luna, adivinos e intérpretes de azares, característicos de pueblos y religiones primitivas, se mueven como pez en el agua en los más altos estados y en los más distinguidos ambientes. La prehistoria es un estadio anímico. No es extraño, pues, que un creyente de hoy se ilumine con las enseñanzas de santo Tomás, sienta la misma unción espiritual en una celebración litúrgica dentro del muro de la iglesia de un monasterio románico o de las naves de una catedral gótica, o se identifique con la esplendorosa visión que del Paraíso nos presenta Dante en su inmortal *Divina Comedia*, o con la pavorosa y, en verdad, «dantesca» del infierno o la esperanzada del Purgatorio. Tanto la verdad como el error en cuanto tales no se atan a un tiempo concreto. Son intemporales. Con razón se ha dicho que la *Divina Comedia* es la epopeya por excelencia de la Cristiandad.

No presenta Dante el Paraíso desde una actitud piadosa o sentimental. Seguir su lectura exige estar al tanto del saber de su tiempo. Personajes de la historia presente o de la antigüedad, civil o religiosa, encarnarán vicios o virtudes mercedores de premios o vituperios, el enconado mundo de güelfos y gibelinos, la mitología clásica, la sugestiva técnica de la alegoría medieval como recurso permanente, la dulce armonía de endecasílabos y tercetos delimitándose simbólicamente en la estructura férrea de tres partes, cada una de treinta y tres cantos y un número semejante de versos, con la precisión de un engranaje de relojería. Ningún asunto, por diverso que nos parezca, se desvía de la intencionalidad unitaria del poema. Complejidad pero unidad. *Plura ut unum*. Resulta muy difícil adentrarse en ella sin una buena edición crítica.

Desde el principio percibimos que no existe una separación entre el cielo y la tierra. Más aún, desde la mirada de lo eterno desvelan su verdadera grandeza o miseria los comportamientos de los hombres. Inmersos en el Paraíso, en medio del resplandor y gloria de las almas santas oiremos por ejemplo a san Pedro quejarse amargamente contra el papa Bonifacio VIII en el canto XXVII, verso 40-44: «No fue alimentada la esposa de Cristo con mi sangre, la de Lino ni la de Cleto, para ser usada en comprar oro sino para adquirir esta vida feliz». Y añade unos

Dante y Beatriz en el Paraíso, entre santo Tomás de Aquino, san Alberto Magno y Pedro Lombardo. Detalle de los fresco de Felipe Veit en el Casino Massimo de Roma



versos después: «En ropas de pastor lobos rapaces se ven desde aquí arriba por todos los prados». Santo Tomás de Aquino en el canto XI se queja de los dominicos disolutos y lo mismo hace en el XII san Buenaventura de los franciscanos apartados del espíritu inicial. En el canto XVIII las almas que fueron justas y piadosas en la tierra convertidas en un águila de luz proclaman: «Amad la justicia los que juzgáis la tierra». Mientras Dante pide un castigo para el Papa preocupado por acumular riquezas. Esta misma águila en el canto XIX, al dar respuesta a la inquietud de Dante sobre la salvación de los que no han conocido a Cristo, dirá: «Mas sabed que muchos gritan “¡Cristo, Cristo!” y estarán en el juicio menos cerca de aquel, que otros que a Cristo no conocen»; y añade: «¿A vuestros reyes qué dirán los persas al contemplar abierto el libro donde se hallan escritos todos sus pecados?». Y enumera los vicios de distintos reyes cristianos. No menos contundente lo hace san Benito con sus monjes en los últimos versos del canto XXII:

«Los muros que eran antes abadías, se han convertido en cuevas, y las cogullas en talegos llenos de mala harina. La usura tanto no se alza contra el gozo de Dios, cuanto aquel fruto convierte en loco el pecho de los monjes... Sin el oro y la plata empezó Pedro, y yo con ayunos y oraciones, y Francisco con humildad».

Conocido es que Beatriz, la joven de la que Dante estuvo profundamente enamorado desde edades muy tempranas, va a ser la guía que le conduzca hasta alcanzar la cumbre donde habita la Luz indescriptible de Dios. El admirado poeta Virgilio podía ser

buen compañero para descender por el Infierno o deambular por el Purgatorio. La ruta de ascenso sideral del Paraíso sólo podía ser acompañada por el sublime saber de la teología. La filosofía, como sirva necesaria, aporta momentos admirables. Nada más entrar en el cielo, en el Canto I, cuando los ojos de Dante han recibido la gracia de poder ver entre el fulgor incandescente del cielo los espíritus que lo habitan, escuchará como en síntesis del universo y de toda la creación la ley que rige todo:

«Existe un orden entre todas las cosas, y esto es causa de que el universo sea semejante a Dios. Aquí las nobles almas ven la huella del eterno saber, y éste es la meta a la cual esa norma se dispone. Al orden que te he dicho tiende toda naturaleza, de diversos modos, de su principio más o menos cerca; y a puertos diferentes se dirigen por el gran mar del ser»

En el canto VIII, en los últimos versos y desde el ejercicio de la razón práctica, expone una enseñanza muy útil para quienes tienen que ayudar a discernir vocaciones: la conveniencia de que la Providencia haga que la naturaleza engendrada no siga un camino semejante a la que le engendró. Es bueno que uno nazca para Solón, otro para Jerjes, otro para Melquisedec, y otro para Dédalo. Sin embargo «si el mundo de abajo se atuviera al fundamento que natura pone, siguiendo a éste habría gente buena. Mas vosotros hacéis un religioso de quien nació para ceñir espada, y hacéis rey del que gusta de sermones; y, así pues, vuestra ruta se extravía.»

Son algunas muestras de lo que técnicamente se denomina complejidad. No hay página en que no

encontremos referencias de gran interés. En medio de la estructura narrativa de un camino, en este caso, ascendente, el peregrino y su guía nos van desvelando la felicidad, beatitud, en que viven las almas que habitan el cielo. Pudo el poeta haber elegido otra organización. Más adelante veremos por qué.

El poema configura el cielo aprovechando la distribución de los planetas entonces conocidos. Cada uno de ellos le servirá para situar una modalidad de cielo en la que agrupa a las criaturas que practicaron virtudes semejantes y se hicieron merecedoras de un mismo tipo de felicidad. En el cielo de la luna sitúa a quienes por evitar un mal mayor no guardaron sus votos; en el de Mercurio, los que vivieron entre honores; en el de Venus a los amantes; en el cielo del Sol a los sabios; en el de Marte, a los héroes y mártires; en el de Júpiter, a la justicia; en el de Saturno la contemplación; en el cielo de las estrellas fijas, los ángeles. Antes de llegar al empíreo, único cielo donde encontraremos presentes todos los cielos dispersos, los santos, los ángeles y alcanzaremos las glorias de María y nos postraremos ante la inmarcesible maravilla de la Trinidad. Ya en el canto IV se nos había advertido que no existe más que un solo cielo, el empíreo, pero que para que Dante, es decir, todos nosotros, pudiéramos entender que en el mismo cielo existen diversos grados de felicidad prefirió Beatriz disponer esta diversidad de escenarios. Por eso hemos afirmado que su estructura se parece a lo que se denomina estructura de camino, la misma que sirvió a Cervantes para darnos a conocer las aventuras de Don Quijote.

Sin embargo al llegar a la cumbre del empíreo la creatividad y el genio alcanzan cotas increíbles. En el canto XXX contempla el cielo como un río de luz. Sin duda el caudal es la gracia, como las dos orillas henchidas de flores, representan los dos Testamentos, en una lectura alegórica. Canta:¹

Y vi una luz viniendo como un río
fúlgido de fulgor, entre dos riberas
salpicadas de admirable primavera.

De la corriente brotaban centellas vivas,
que de todas partes llovían en las flores,
como rubíes que el oro circunscribe;

luego, como embriagadas de olores
sumergíanse en el admirable torbellino,
y la una se metía y la otra se salía afuera.

Y a continuación el empíreo se transforma en una rosa gigantesca, la rosa sempiterna.

1. Dante Alighieri, *Obras completas*, Madrid, BAC, 1965.



Dante y Beatriz contemplan el empíreo. Dibujo de Gustavo Doré para una edición de la Divina Comedia.

Luz hay allá arriba que hace visible
al creador a toda criatura
que de sólo verlo funda su paz.

Y se extiende en circular figura,
de tal tamaño que su circunferencia
sería del Sol demasiado amplia cintura;

de rayos consiste toda su apariencia
que se reflejan en la cumbre del primer móvil,
que obtiene de allí su vivir y su potencia.

Y como colina que en el agua sus laderas
espeja, como para verse bella,
cuando de verdura y flores rebosa

así, sobre la luz y flotando en torno,
vi espejarse en mil graderías las almas todas
que de nuestro mundo han hecho allí arriba su
[retorno.

Y si el ínfimo grado recoge
tan gran luz, ¡cuál será de esta rosa
la magnitud de sus extremas frondas!

En el canto XXXIII, sublime en todos los momentos, nos confiesa indirectamente el poeta la finalidad de su obra:

¡Oh suma luz que tanto sobrepasas
los conceptos mortales, a mi mente
di otro poco, de cómo apareciste,

y haz que mi lengua sea tan potente,
que una chispa tan sólo de tu gloria
legar pueda a los hombres del futuro;

Conmover el canto que san Bernardo dedica a
María. Oigamos sólo el comienzo:

«¡Oh Virgen Madre, oh Hija de tu hijo,
alta y humilde más que otra criatura,
término fijo de eterno decreto,

Tú eres quien hizo a la humana natura
tan noble, que su autor no desdeñara
convertirse a sí mismo en su creación.

Dentro del vientre tuyo ardió el amor,
cuyo calor en esta paz eterna
hizo que germinaran estas flores.

Aquí nos eres rostro meridiano
de caridad, y abajo, a los mortales,
de la esperanza eres fuente vivaz.

Mujer, eres tan grande y vales tanto,
que quien desea gracia y no te ruega
quiere su desear volar sin alas.

No podía acabar el poema sino confesando la
imposibilidad de nuestra lengua para comunicar ni
siquiera un poquito la maravilla de un Dios con-
templado por unos ojos mortales aunque como a
san Pablo se le haya concedido entrar en el sépti-
mo cielo:

¡Oh luz eterna que sola en ti existes,
sola te entiendes, y por ti entendida
y entendiente, te amas y recreas!

El círculo que había aparecido
en ti como una luz que se refleja,
examinado un poco por mis ojos,

en su interior, de igual color pintada,
me pareció que estaba nuestra efigie:
y por ello mi vista en él ponía.

... ..

pero mis alas no eran para ello:
si en mi mente no hubiera golpeado
un fulgor que sus ansias satisfizo.

Faltan fuerzas a la alta fantasía;
mas ya mi voluntad y mi deseo
giraban como ruedas que impulsaba
Aquel que mueve el sol y las estrellas.

No es fácil adentrarse por un poema en que todo
el saber de su tiempo está presente. Aunque todo no
pueda ser entendido, todo sí puede ser gustado con
el gozo de saber que es tan sólo un atisbo del cielo
real que el Señor nos ha preparado. Sé de amigos
que estarán en el cielo del sol en conversación ani-
mada con santo Tomás y unidos en la melopea y en
la danza sagrada con que cantan la gloria de Dios.
Cualquiera que sea nuestro encuentro parcial, nos
juntaremos en ese gran río luminoso o entre los pé-
talos de la prodigiosa Rosa de la inmortalidad. Dante
para seguir en su camino por el cielo es examinado
en la fe por san Pedro, en la esperanza por Santiago
y en el amor por san Juan. La imagen de un cielo
estático ha sido convertida en un mundo de Luz y de
Belleza, donde las personas conservan su identidad,
hablan entre sí, cantan con los coros de los ángeles y
además saben que la resurrección de los cuerpos
incrementará la luz y la belleza del Cielo que nos tie-
ne el Señor prometido. Bendito sea nuestro Dios.

Por María llegará el Reinado de Jesús al fin de los tiempos

Así como por María vino Dios al mundo la primera vez en humildad y ano-
nadamiento, ¿no podría también decirse que por María vendrá segunda vez,
como toda la Iglesia le espera, para reinar en todas partes y juzgar a los vivos y
a los muertos? Cómo y cuándo, ¿quién lo sabe? Pero yo bien sé que Dios,
cuyos pensamientos se apartan de los nuestros más que el cielo de la tierra,
vendrá en el tiempo y en el modo menos esperados de los hombres, aun de los
más sabios y entendidos en la Escritura Santa, que está en este punto muy oscura.

SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT:
El secreto de María

La difusión de la fe en la consumación del Reino de Cristo (I)

SI DEBE SER ESPERADA LA CONSUMACIÓN DEL REINO DE CRISTO EN LA TIERRA EN CUANTO A LA DIFUSIÓN DE LA FE

(Traducido de *De consummatione Regni Messianici in terris seu de Regno Christi in terris consummato*, de Juan Rovira Orlandis, S.J.)*

La estatura y magnitud del varón perfecto

Que ha de ser esperada esta consumación del reino de Cristo en cuanto a la difusión de la fe o esta difusión universal del reino de Cristo se puede probar de muchos modos.

De las palabras del Apóstol (Ef. 4,11):

«Y Él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a éstos evangelistas, a aquellos pastores y doctores para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo: hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error. Al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad.

Estas palabras de san Pablo muestran que Cristo Señor instituyó diversos grados de jerarquía, cuando dice: *Y Él mismo constituyó a unos, apóstoles, a otros, profetas, a éstos, evangelistas, a aquellos, pastores y doctores.* Después indica la razón y el fin de la jerarquía, con las palabras: *para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, esto es, para que los santos se dispongan y se adapten, de forma razonable, cada uno en su cargo para la obra del ministerio eclesiástico.* A continuación propone el fin de estos ministerios eclesiásticos: *Para la edificación del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.* Por último asigna la meta que es evidente debe alcanzarse: *Has-*

ta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, etc..

Por eso los diversos trabajos y las obras del ministerio jerárquico tienden a la edificación del cuerpo de Cristo, esto es, al presente para la edificación de la Iglesia como afirma S. Agustín, esto es, para que los hombres se conviertan a la fe y *accedan a Cristo la piedra viva*, sean sobreedificados al mismo Cristo como *casa espiritual*, 1 Ped 2,4-5, como *moradas de Dios en el Espíritu*, Ef 2,22, y así se hagan miembros del cuerpo de Cristo. Sin embargo esto: *Hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo*, esto es, hasta que todos los hombres, al menos de un modo moral, ingresen en la Iglesia, y en ella, en unidad de la misma fe se reúnan y constituyan conjuntamente, al mismo tiempo con Cristo cabeza, un varón perfecto, hasta que la Iglesia llegue a aquella medida de edad o más bien la magnitud y extensión que es propia de la plenitud de Cristo, esto es, a una estatura y perfección de cuerpo perfecto, así para que con Cristo, única cabeza, realicen como aquel varón perfecto. Sin duda sería indecoroso si a la cabeza magna y perfecta, que es Cristo, se le adjuntara un cuerpo pequeño y exiguo. Debe, pues, el cuerpo responder a la cabeza, y así la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo y su plenitud, Ef 1,23, debe alcanzar la perfección propia de la plenitud de Cristo, medida del cuerpo perfecto, para que así Cristo, única cabeza, realice con ella un varón perfecto.

Pero esta estatura y perfección de la Iglesia incluyen, como es evidente, tres cosas: la unidad y la universalidad de la fe, y la firmeza en la misma fe; estas tres cosas salen de las restantes palabras de san Pablo.

Evidentemente, al comienzo el cuerpo del varón perfecto tiene su estatura y magnitud razonable y conveniente. Pues a esto corresponde en la Iglesia universal; porque la Iglesia es con justo título universal, y por consiguiente entonces alcanzará su medida de estatura o extensión razonable, cuando

*Véase *Cristiandad*, núm. 904, noviembre de 2006, pág. 10.

será universal de hecho, al menos de modo moral. La cual universalidad expresan aquellas palabras del Apóstol: *Hasta que todos alcancemos*.

Luego el cuerpo del varón perfecto tiene una unidad conjunta con los miembros entre sí y con la cabeza. Sin embargo a esta corresponde en la Iglesia una unidad perfecta en la fe, aquella unidad que quita y excluye de la universalidad de la Iglesia las herejías, los cismas y las disensiones en la doctrina de la fe. La cual unidad la expresan aquellas palabras del Apóstol: *Hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios*.

Por último el cuerpo del varón perfecto requiere y ha de tener firmeza en sus miembros. Pues a esto corresponde, en la Iglesia, el logro de su perfección en la firmeza y estabilidad de la fe. La cual firmeza se expresa en aquellas palabras del Apóstol: *Para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres*.

Pues como de todas estas palabras del Apóstol se deduce, puede admitirse una cierta consumación de la Iglesia, en la que alcanzará su perfección y llegará a la medida de edad o estatura que será adecuada para ser el cuerpo perfecto de Cristo, de tal manera que en ella se descubrirán al mismo tiempo la plena universalidad, la unidad y la firmeza o estabilidad en la fe.

Sin embargo aquellas palabras que siguen: *Abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llevándonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo*, etc., describe el aumento del cuerpo de Cristo en caridad. Pero esto será tratado más abajo cuando se trate de la consumación del reino de Cristo en cuanto a la intensidad de justicia y caridad.

La extensión universal de la Iglesia en el Antiguo Testamento

También se puede probar de las palabras de las Sagradas Escrituras en las que se muestra la extensión universal del reino mesiánico. Será suficiente tomar entre los muchos otros textos: Así Ps 2, 7-8:

El Señor me ha dicho: Tu eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme y haré de las gentes tu heredad y te daré en posesión los confines de la tierra.

En las que las palabras del Padre prometen a su Hijo, Cristo, el dominio y el imperio sobre el universo y no en modo de dominio, sino también de posesión y *aprehensión*. Y en este sentido se entienden perfectamente a los intérpretes y a los Santos Padres. Así, dice Maluenda: «La vocación de las gentes y la difusión del amplísimo reino de Cristo por todo el orbe como se predijo»

De igual manera deben entenderse las palabras del salmo Ps 71,8:

Dominará de mar a mar, desde el río hasta los confines de la tierra.

Porque la expresión hebrea que significa los *confines de la tierra* es la misma que en el otro salmo, y siempre significa toda la tierra. Y así la entendieron los Santos Padres y los mejores intérpretes de la Escritura. Porque el sentido de aquellas palabras del salmo, en muchos casos, se restringen de alguna forma no bastante correcta y se las entienden del mundo conocido en tiempos del templo de Salomón, pero realmente son palabras generales dichas con anterioridad y significan toda la tierra, el orbe universal.

Pues así lo demuestran aquellas palabras del profeta Daniel, 2,35:

Mientras que la piedra que había herido a la estatua se hizo una gran montaña.

Pues aquella piedra, conforme a la interpretación del mismo Daniel es el reino nuevo suscitado por Dios, que no se disipará, Dan 2,44 y es el reino mesiánico. Pues según impacte aquella piedra con la tierra universal, así el reino mesiánico se extenderá por todo el orbe.

A esta predicción añade el mismo profeta con otra predicción, Dan 7,27:

Dándole el reino, el dominio y la majestad de todos los reinos de debajo del cielo, al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino será eterno y le servirán y obedecerán todos los señoríos.

Por último esto mismo se extrae de las palabras de la profecía de Zacarías, Zac 14,9

Y reinará Yavé sobre la tierra toda y Yavé será único y único su nombre.

Estas palabras son suficientemente claras y en vano tienden a oscurecerlas aquellos que las quieren explicar que no es toda la tierra universal sino sólo la tierra palestina.

La extensión del reino mesiánico o Iglesia en los Santos Padres

También los Santos Padres y los mejores y más rigurosos intérpretes entienden de la misma forma la extensión del reino universal del Señor sobre todo el orbe. Así *Tirimo* «El Señor Dios será rey. Y será honrado como rey por toda la tierra, no sólo en Judea sino por todo el orbe, es decir a través de Cristo sur-

girará inmediatamente el reino. Y, derribados los ídolos, se venerará a un solo Señor en todo lugar y por todo el orbe, es decir, el nombre de Cristo. Así opinan S. Jerónimo Remigio, Ruperto, Haymo, Vatabl, Ribera etc. Alápide.» También se pueden añadir algunos más como G. Sánchez, Knabenbauer.

Así *san Jerónimo*, citado por *Trino*:

«Entonces el Señor será rey sobre toda la tierra, y diremos ¡El Señor ha reinado, exulte la tierra, (Sal 96,1), y también *Pregonad entre los pueblos que el Señor ha reinado. Pues ha enderezado el orbe de la tierra y ya no se moverá*, (Sal 95,10) (S. Jeremías, *In Zach*, Lib. III, c14, 8-9, B.A.C., tomo 172, pg.....).

San Agustín (citado por Ribera) también afirma esto. «En Zacarías así está: *Salen las aguas vivas de Jerusalén; la mitad de ellas al mar oriental y la mitad de ellas al mar novísimo*; esto es de Jerusalén hasta el fin de la tierra serán verano e invierno; esto es en todo tiempo. *Y será el Señor rey en toda la tierra*, Zac 14, 8-9, esto es Cristo dominará toda la tierra, no Donato. Esta es la posesión, esta es la herencia de Cristo, que es venerado por los santos y riega como fuente perenne, de quien está dicho: *Haré de las gentes tu heredad y te daré en posesión los confines de la tierra*, Sal 2,8.» (Así *San Agustín* o posiblemente el incierto autor del libro contra *Fulgencio Donatista*, c. 5.)

El mismo *san Agustín* afirma y proclama en muchos lugares la universalidad de la Iglesia de Cristo contra los donatistas. Así en el lugar citado más arriba, n.7, así también el mismo doctor hablando de la visión de san Pedro y de la conversión del centurión Cornelio:

«Que esta visión significa la conversión de los gentiles, no necesitamos suponerlo; el mismo apóstol nos lo explicó hablando del mantel que se le ofreció. Pues al entrar en la casa donde estaba Cornelio y donde se habían reunido muchos, les dijo Pedro: *Sabéis que a un judío le está prohibido tener trato con los extranjeros o entrar en su casa; pero a mí me ha enseñado Dios a no llamar impuro o manchado a ningún hombre* (Act 10,28). Así explicó aquella vez que, referida a los animales que se mostraron en el mantel, había oído: *Lo que Dios ha declarado puro, no lo llames tú impuro*. ¿Quién no ve en aquel mantel se significaba el orbe de la tierra con todos los pueblos? Por eso estaba atado por los cuatro ángulos, que significaban las cuatro partes bien conocidas del orbe, oriente, occidente, septentrión y mediodía, que cita con tanta frecuencia la Escritura. (S. Agustín, *Epist contra Donatistas* o *Li-*

bro de la Unidad de la Iglesia, c. 11, n. 30, B.A.C. tomo 30, pg 704)

Y también en el mismo libro y sobre lo mismo, *san Agustín* repite e insiste con frecuencia y procura probar de muchos diversos textos y por último concluye:

«Se nos ha anunciado que la Iglesia se había de extender por todo el orbe. Y el mismo Señor que ha testificado que esto se hallaba anunciado en la Ley, en los Profetas y en los Salmos, predijo también que había de empezar por Jerusalén y difundirse por todas las gentes, y al subir al cielo anunció que había de tener testigos en Jerusalén y en toda la Judea y en Samaría, hasta los confines del mundo. Los hechos se siguieron a estas palabras. Las santas Escrituras nos demuestran a continuación cómo empezó la Iglesia por Jerusalén, se propagó luego por Judea y Samaría y de allí a todo el mundo, donde continúa creciendo, hasta que, finalmente, conquistó todas las gentes, donde aún no existe. Quien evangelizase otra cosa sería anatema. (S. Agustín, *Epist. contra Donatistas* o *Libro de la Unidad de la Iglesia*, c. 12, n. 32, B.A.C., tomo, 30, pg 710)

La conversión universal de las gentes en el Antiguo Testamento

Lo mismo se confirma desde textos de la Sagrada Escritura, en los que se predice la conversión universal de las gentes y de su sumisión al imperio del Mesías rey, Is 2, 2-3:

En los últimos tiempos sucederá que el monte de la casa de Señor será confirmado como cabeza de los montes y será ensalzado sobre los collados y correrán a él todas las gentes y vendrán muchedumbres de pueblos, diciendo: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, y Él nos enseñará sus caminos y nosotros iremos por sus sendas porque de Sión ha de salir la ley y de Jerusalén la palabra del Señor».

De forma parecida en Sal 2,7-8:

El Señor me ha dicho: «Tu eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra».

También así en Sal 21, 28-29:

Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, le adorarán todas las familias de las gentes. Porque del Señor es el reino, y Él dominará a las gentes.

Así el Sal 71, 10-11:

Los reyes de Tarsis y las islas le ofrecerán sus dones y los reyes de Seba y Saba le pagarán tributo. Y le adorarán a Él todos los reyes de la tierra y le servirán todos los pueblos.

E igualmente Sal 85,9:

Todas las gentes que tú hiciste, vengan, ¡oh Señor!, y te adoren y honren tu nombre. Pues tú eres grande y obras maravillas; tú eres el solo Dios.

Por último, Sal 101,16-23:

Y todas las gentes temerán el nombre del Señor y todos los reyes de la tierra tu gloria. Cuando reedifique el Señor a Sión, cuando aparezca en su gloria.(...)Para que sea cantado en Sión el nombre del Señor y sus alabanzas en Jerusalén. Cuando se reunirán todos los pueblos en uno y todos los reinos servirán al Señor.

Adjuntamos a ellos algunos textos, en los que se predice la aniquilación de la idolatría. Así Is 2,18:

Y desaparecerán todos los ídolos. Is 42,8: Soy yo, Yavé es mi nombre, que no doy mi gloria a ningún otro, ni a los ídolos el honor que me es debido.

Pues el Mesías dominará de mar a mar y aniquilada la idolatría se convertirán al Señor hasta los confines de la tierra universal y todas las gentes vendrán y ascenderán al monte del Señor, y aprenderán la doctrina y la ley y adorarán el Señor Dios de Israel y servirán del rey Mesías.

Así pues la consumación ha de ser admitida, en la que el reino mesiánico o Iglesia se expandirá por todo el orbe y la fe se difundirá y propagará entre todas las gentes, al menos de un modo moral.

Cristo mismo anunció la conversión universal de las gentes

También pueden añadirse aquellas palabras del Cristo Señor, Mt 24,14:

Será predicado este Evangelio del reino en todo el mundo, testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá la consumación.

Como se deduce de estas palabras, entretanto la fe no sea seguida por todas las gentes, ha de ser difundida para que todos crean, y convirtiéndose, ingresen en la Iglesia; pero ello sucederá, como afirma

Maldonado: «por esta razón el Evangelio debe ser predicado a todas las gentes, que no puedan alegar la ignorancia de la verdad y puedan dar testimonio de esto en el supremo juicio, y los que no quieran creer o los que sigan a aquellos, sean condenados, o como *Alápide* que el Evangelio ha de ser divulgado y propagado a todas las gentes enteramente, «así como todas las gentes juntas forman la Iglesia, instituyendo parroquias y obispados y todo orden de jerarquías», esto es, así como todos están al servicio de la verdad del Evangelio y todos los que quieran, pueden oír y creer, y aquellos que no quieren pueden obstinadamente refutar la verdad y condenarse.

También se puede probar esto de aquellas palabras de Cristo Señor: Jn 10,14-15:

Yo soy el buen pastor y conozco las mías y las mías me conocen a mí. Como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre y doy mi vida por las ovejas. Tengo otras ovejas que no son de este redil y es preciso que yo las traiga y oirán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor.

Estas palabras de Cristo muestran la afirmación de que todos los hombres judíos y gentiles serán congregados en un solo redil y bajo un solo Pastor. El Pastor bueno es Cristo, según dice él mismo. Las ovejas, también según la intención del mismo Cristo son todos los hombres, que eran casi ovejas errantes, 1Pe 2,35. En efecto, Cristo dio su vida por sus ovejas. Pero Cristo murió por todos, 2Cor 5,15, y quiso salvar a todos los hombres y se dio a sí mismo por la redención de los hombres, 1Tim 3,4-6. Las ovejas son, de facto, aquellos que participan de la eficacia de la pasión de Cristo y conocen a Cristo por la fe, Jn 10,14, y vienen a Él y le siguen a Él y de Él reciben la vida eterna, Jn 10,28. Las ovejas que hay que llevar a Cristo son las gentes; el redil es la Iglesia. Proclamó, pues, Cristo que habrá de llevar aquellas otras ovejas que tiene al redil, esto es, gentiles a la Iglesia. La acción de traer es la predicación del Evangelio, por la cual los hombres, llevados interiormente al Padre, se conviertan a Cristo e ingresen en la Iglesia. Así pues, con estas palabras quiso significar Cristo, que por la predicación de los Apóstoles y otros predicadores del Evangelio serían llevadas las gentes a la Iglesia, de esta manera, al final, con los judíos y los gentiles convertidos se hará un solo rebaño bajo un solo Pastor, Cristo Jesús. También este punto se cumplirá plenamente, pero se está realizando ahora mientras que el Evangelio es esparcido y propagado entre las gentes y completada y terminada la conversión de los judíos, entonces los judíos y los gentiles se reunirán y congregarán en un solo redil, la santa Iglesia.

La argumentación de Isolano y la inmaculada concepción de san José

FRANCISCO CANALS VIDAL

UNO de los mayores teólogos josefinos es, sin duda, el dominico italiano, nacido probablemente en Milán hacia final del siglo xv, Isidoro de Isolano. Su obra más extensa y significativa es la *Summa de donis Sancti Ioseph*, cuyo contenido no vamos a analizar por no ser este el objetivo de nuestro estudio. Vamos a atender a los argumentos con los que, en la parte primera, capítulo IX de la *Summa*, argumenta a favor de la tesis según la cual «san José fue santificado en el seno de su Madre», lo que él sostiene que es doctrina opinable y piadosamente creíble.

Notemos que los religiosos dominicos, precisamente por fidelidad a santo Tomás, negaron siempre, hasta la definición dogmática de 1854, la Inmaculada Concepción de María, que creían incompatible con la universalidad de la Redención, supuesta la universalidad del pecado original en todos los descendientes de Adán y Eva. Estos tomistas creían que María había sido santificada ya en el seno materno, en previsión de su futura Maternidad divina, pero no creían aceptable que en el primer instante de su concepción estuviese ya fuera de la masa de condenación formada por todos los descendientes de Adán.

Veamos ahora los argumentos de Isidoro de Isolano a favor de la santificación de san José en el seno materno. Da cuatro argumentos (el segundo y el tercero se refieren a la santificación de Jeremías y de Juan Bautista, arguyendo que el oficio de san José con relación a Cristo era de algún modo más importante que el de aquellos dos, el Profeta y el Precursor). Leamos el primero y el cuarto argumentos:

«1. Todas las santificaciones de esta naturaleza tuvieron lugar bien sea en atención a la futura dignidad del santificado o bien a la relación con Cristo, el Santo de los Santos. Ambos motivos concurren eminentemente en san José: fue justo como acredita el Espíritu Santo, y estuvo predestinado para relacionarse y unirse más íntimamente con Cristo que cualquier otro mortal (...) 4. Si la Virgen fue santificada en tan alto grado en el seno de su madre por la dignidad del Hijo, ¿por qué no hemos de creer que el elegido para ser llamado ‘padre del Señor’ participase en cierto grado, al menos, de este beneficio? Y además lo exige el matrimonio entre la Virgen y

san José, que requiere cierta semejanza entre ellos, no obstante la singular excelencia de María».

El argumento de Isolano cambia de sentido después de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, y más bien tiende a considerar probable, y tal vez piadosamente creíble, la inmaculada concepción de san José a semejanza de María, que por relación a Cristo, aun debiendo heredar el pecado original, fue redimida con una redención preventiva y por el más sublime modo, por relación a la Maternidad divina.

Me parece que la fervorosa argumentación mariana y josefina del dominico Isidoro de Isolano a fines del siglo xv puede movernos, después de la definición dogmática por Pío IX de la Inmaculada Concepción de María a pensar piadosamente en la probabilidad de la inmaculada concepción de san José. Quiero decir ahora aquí que en esta concepción inmaculada creían —al menos como probable— hombres como el padre Alfredo Rubio de Castarlenas o mi maestro espiritual el padre Ramón Orlandis.

Me siento ahora movido a incorporarme a su actitud, que no es ninguna falta de respeto al magisterio de la Iglesia, ni ninguna anticipación indebida de una definición dogmática que no tengo autoridad para hacer, sino un gesto de amor y de piedad hacia el esposo de María, aquel por quien el Hijo de Dios encarnado nació en Belén, por ser el pueblo de David, como se ve en el Evangelio, o sea por José, el Hijo de David. El padre Orlandis notaba que, en el Evangelio, este título mesiánico de «hijo de David» sólo se da a dos personas: a Jesús, el Hijo de Dios encarnado, y a José, el esposo de María y llamado a ejercer una misteriosa paternidad sobre el Hijo de Dios: José, el Patriarca, heredero de las promesas hechas por Dios a los Patriarcas y al rey David.

Como notaba el padre Rubio de Castarlenas: «a María, si no se hubiese desposado con san José, no se le habría aparecido el ángel, no habría sido Madre del Salvador». Era necesario que la mujer escogida, adornada por el don de la Inmaculada Concepción, fuera esposa legal y verdadera de José, para que le alcanzara la promesa hecha por Dios Padre.

Homenaje de la Universidad de Barcelona a José M.^a Petit

JOSÉ M.^a ROMERO BARÓ

LA Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona homenajeó en la tarde del pasado 6 de noviembre al que había sido, hasta los últimos días del pasado curso académico, uno de los más antiguos profesores de su claustro, el catedrático de Filosofía doctor José M.^a Petit Sullá. En representación del Excmo. Sr. Rector, el acto estuvo presidido por el decano de la Facultad, doctor Jordi Sales, quien manifestó su satisfacción al poder agradecer y ennoblecer en nombre de la institución la función pública que José M.^a Petit había desempeñado como docente durante tantos años, subrayando que la había ejercido con espíritu de servicio, de compañerismo y de entrega diaria, con esa humildad que es propia de las almas grandes y generosas.

A continuación, la doctora Begoña Román, secretaria académica del Departamento de Filosofía Teórica y Práctica al que pertenecía José M.^a Petit leyó la carta de su director, el doctor Norbert Bilbeny, quien recordó el paso de José María como Director de ese mismo Departamento durante muchos años, en los cuales destacó por la firmeza con la que defendía sus valores y la humanidad con la que los acompañaba, siendo especialmente sensible ante las situaciones personales, y sufriendo siempre con los que sufrían, aunque no pensarán igual. También le recordó como profesor de sólida base científica, puesta al servicio de la filosofía de los grandes autores clásicos, y la proximidad con sus alumnos, que han destacado siempre su pensamiento propio y la manera cordial y contagiosa de expresarlo.

En nombre del Colegio Oficial y Asociación de Ingenieros Industriales de Cataluña, el doctor Miguel Subirachs quiso destacar la faceta profesional de José M.^a Petit como ingeniero industrial que ejerció como tal hasta el último momento de su vida, y que sintió la necesidad de avanzar en la dimensión especulativa de su pensamiento para hacer fructificar su vocación filosófica como profesor de Filosofía, demostrando con ello que también hay elementos de coincidencia entre las enseñanzas técnicas y la filosofía, y que el conocimiento material e instrumental puede llegar a ser sublimado y trascendido cuando se busca la verdad como aquello que constituye la auténtica realidad de las cosas.

El doctor Antoni Prevosti, íntimo colaborador y amigo del profesor fallecido, realizó la *laudatio* académica, que estuvo precedida por la lectura de la

carta del doctor Francisco Canals Vidal, cuyo contenido transcribimos íntegramente: «Barcelona, 5 de noviembre de 2007. / Benvolgut doctor Jordi Sales, / Li he agrair moltíssim que penséssiu en fer-me conèixer l'homenatge de la Facultat a en Josep Maria Petit. És un homenatge al que m'adhereixo amb molta convicció i fervor. / Molts anys de relació amb ell em fan dir que la seva amplitud i profunditat es deuen al seu pensament d'«enginyer-metafísic». Ell és una culminació, dins l'escola tomista de Barcelona —que no continuaria existint si no fos per la tasca d'en Petit— del pensament científic i cosmològic del mestre Ramon Orlandis, qui va iniciar també la formació d'en Jaume Bofill. / Essent hereu indirecte del carisma orlandià fou també, per la mateixa raó, universitari eminent. Per tot això, desitjo que la meua adhesió a aquest homenatge a en Josep Maria Petit quedi ben palesa. / Una abraçada ben forta, / Francesc Canals». El doctor Prevosti añadió que esta herencia indirecta del padre Orlandis sobre José M.^a Petit pasó precisamente por el magisterio de Francisco Canals. El doctor Prevosti continuó la *laudatio* recordando los primeros contactos con su maestro José M.^a Petit como estudiante y su coincidencia en intereses filosóficos, científicos y especulativos de diverso orden que les permitió trabar una estrecha amistad. A continuación describió su trayectoria académica a partir de su titulación como ingeniero en 1968, cuando comenzó sus estudios de Filosofía aconsejado por el profesor Francisco Canals, y que finalizó en 1972. Tres años después presentó su tesis doctoral titulada «Filosofía, política y religión en el sistema de Augusto Comte», mostrando con ella la amplitud y profundidad de sus intereses intelectuales, más centrados en el hombre y en la dimensión social de su vida que en las especulaciones acerca de la técnica y el conocimiento, o de la ciencia y la filosofía. Su actividad docente remontaba al año 1970, cuando fue profesor ayudante de clases prácticas en «Fundamentos de Filosofía» en la Facultad de Ciencias Económicas, y al año siguiente cuando comenzó a enseñar «Teoría del conocimiento» en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, donde impartió su docencia durante los cursos siguientes en las asignaturas de «Ontología», «Teología natural», «Antropología» y «Metafísica». En el año 1974 comenzó a impartir la asignatura de «Filosofía de la Naturaleza», obteniendo la plaza de

agregado en 1978 y la de catedrático en 1981. En tiempos de cambios en el plan de estudios, José María Petit defendió con convicción la necesidad de la Filosofía de la Naturaleza como el tronco de las ciencias, haciendo alusión al símil cartesiano del árbol de la ciencia. Siguiendo a Aristóteles y a santo Tomás de Aquino, establecía el objeto de la Filosofía de la Naturaleza en la movilidad aptitudinal del ente móvil, distinguiendo desde aquí la filosofía natural frente a las ciencias de la naturaleza. Publicó los libros *El contenido racionalista del empirismo, Filosofía, política y religión en Augusto Comte*, y *La Filosofía de la Naturaleza como saber filosófico, Filosofía de la Naturaleza. Su configuración a través de sus textos* (con Antonio Prevosti), numerosos artículos en revistas especializadas y en actas de congresos, editó las *Actas del Congreso de la SITAE Barcelona* y fue director de la revista *Convivium*. Fiel al aristotelismo tomista, en su enseñanza oral y escrita no se conformó nunca, sin embargo, con lo que había encontrado de actual en ese pensamiento, y tampoco dejó nunca de seguir buscando la verdad; en Dios, en el hombre y en la naturaleza.

El doctor José M.^a Alsina, rector de la Universidad Abat Oliba, amigo de José M.^a Petit desde la infancia y compañero de claustro en el mismo Departamento, expuso su perfil personal en esta segunda parte de la *laudatio*, recordando que las múltiples aficiones (cinéfilas, literarias, artísticas y musicales) del joven José María eran ya entonces una muestra de la amplitud de sus intereses. A continuación expuso algunos trazos que a su juicio eran característicos de su personalidad. En primer lugar señaló que era un hombre apasionado, intenso en todas las manifestaciones de su vida: en el aprecio a las personas (su familia, sus amigos, sus alumnos), en la forma de dar sus clases, en valorar las cosas que consideraba dignas de ser valoradas. Al mismo tiempo, esta pasión le hacía ser magnánimo, generoso; y con esa misma generosidad se entregaba a sus clases, con grandeza de ánimo y con el deseo de compartir con los demás todos esos conocimientos que él tanto había meditado; pero sin que lo pareciera, «como si improvisara una meditada lección». Por otro lado, en su personalidad existía una gran unidad: el profesor, el esposo, el padre de familia, el amigo, el navegante, el pescador... eran la misma persona, siempre familiar, espontánea, sincera, y como tal se manifestaba en todas las circunstancias, diciendo lo que tenía que decir cuando le parecía que hacía un bien a sus oyentes, siempre con aprecio y estima hacia ellos. Así se comportaba también en sus clases, a las cuales este rasgo las dotaba de una singularidad que las hacía geniales. José María Petit era también un gran observador de todo cuanto le rodeaba. Observaba a las personas, a las

que sabía analizar y valorar (quizá de ahí sus numerosos cursos en la Universidad sobre el *De anima* de Aristóteles), observaba la naturaleza a la que admiraba (por ejemplo, los peces y sus movimientos en el acuario) como una obra del Creador que había ordenado aquella realidad; y observaba también el funcionamiento de las máquinas y sus posibilidades, como un producto del ingenio humano. Esa capacidad de observación fue la condición de su pensamiento que buscaba apasionada y perseverantemente la verdad mediante la comprensión de la realidad. Otro rasgo a destacar era el de su fidelidad a una escuela (la escuela tomista) y a la vez su originalidad, lo cual se explica sin contradicción cuando se entiende que esa fidelidad exige pensar por sí mismo la verdad, pudiendo actualizar así la escuela desde premisas que cambian con el tiempo. Desde esta perspectiva, el papel del maestro es a la vez necesario y modesto, subsidiario de la verdad, pues su misión consiste en ayudar al alumno a pensar también por su cuenta, ya que el alumno es el único protagonista de su propia intelección de la verdad.

El acto propiamente académico finalizaba con una breve lección del padre Manuel Carreira S.I. sobre *Las relaciones entre Ciencia y Filosofía*, que sin duda merecieron la atención de nuestro amigo desaparecido. El padre Carreira ha sido durante muchos años profesor de Astrofísica en la Universidad John Carrol de Cleveland (EE.UU.) y a la vez de Filosofía de la Naturaleza en la Pontificia Universidad de Comillas de Madrid. Invitado por José M.^a Petit, el padre Carreira ha pronunciado conferencias anuales sobre el origen del universo y las cuestiones científico-filosóficas con él relacionadas para los alumnos de las facultades de Filosofía y Ciencias (Física y Química) de la Universidad de Barcelona. He ahí la comunidad de intereses que dio origen a su amistad y que le permitieron al padre Carreira apreciar la profundidad, humana, científica y filosófica de José M.^a Petit, su vivencia de la verdad tanto en el ámbito cultural como religioso, su afabilidad y su paz. La Ciencia y la Filosofía, comenzó afirmando el padre Carreira, tienen que complementarse muy íntimamente para enfrentarse a los problemas que surgen en toda investigación de la realidad, pues en toda realidad se encuentra de algún modo una medida de verdad, de belleza y de bien, siempre limitada, siempre finita, pero que apunta a una verdad, una belleza y un bien siempre infinitos a los cuales el hombre tiende aun sin saberlo. La Ciencia conoce el comportamiento de esa realidad mediante experimentos, y no puede hablar de lo que no se puede medir con un instrumento. A su vez, la Matemática es una herramienta que sólo establece relaciones entre magnitudes medibles, cuantitativas, numéricas —no entre cualidades—, pero no representa nada de la reali-

dad. La Filosofía, sin embargo, sí es un conocimiento de la realidad esencial o accidental, basado en lo que las cosas son, no en medidas; de manera que la Filosofía no busca una verificación experimental. Finalmente, la revelación constituye el modo de conocimiento de la Teología, sobre verdades de orden superior al científico, matemático y filosófico, a los que da sentido por la fe incluso en contra de nuestra propia experiencia, como también ocurre en Ciencia al creer en átomos que nadie ve, o al creer en la mecánica cuántica que nadie entiende. De modo que nuestra manera de entender el universo mediante la Ciencia es siempre limitada, siempre finita. Para trazar una síntesis panorámica de los campos a explorar todavía en las relaciones entre Ciencia y Filosofía, el padre Carreira señaló que la Física no se pregunta por el espacio ni por el tiempo, ya que éstos son parámetros que aparecen ligados a la materia y la Física no los puede separar de ella, mientras que para la Filosofía de la Naturaleza el espacio es la razón suficiente de la diversidad de lugar, de la localización, de la distancia; y el tiempo es también la medida de un movimiento de la materia, más allá del concepto meramente psicológico del tiempo. Sólo

en Dios no hay materia, ni espacio, ni tiempo. Y añadió que tampoco la Física conoce las razones últimas de la actividad de la materia, pues Newton nunca supo dar razón de por qué un cuerpo atraía a otro, y ahora sabemos que materia y energía no son dos cosas independientes, sino mutuamente intercambiables. Y más misterioso es todavía, observó el padre Carreira para terminar, el origen de la vida y todavía más el del hombre, que es unión de materia y espíritu, y tiene libertad.

Como última parte del acto, el grupo *Cor amb Swing*, dirigido por José Beuter que quiso unirse a este homenaje a quien había sido su profesor, ofreció una selección de su extenso repertorio de música *swing* y espirituales negros que puso una nota final de espontaneidad, de juventud y de alegría. A modo de ejemplo, reproduciré el estribillo de la última canción, expresamente traducida para la ocasión y bien conocida por todos, que el público asistente repitió entregado una y otra vez: «Oh!, quan els sants / oh!, quan els sants / vagin al cel / vagin al cel / jo vull estar entre ells / oh!, quan els sants / vagin al cel...». Al cielo, donde esperamos reunirnos un día con José María Petit.

La esperanza de los cristianos

Nuestra esperanza, hermanos, no se cifra en el tiempo este, ni en este mundo, ni en la felicidad con que se ciegan los hombres que se olvidan de Dios. Lo primero que debe saber y defender un alma cristiana es que nosotros no hemos venido al cristianismo para el disfrute de los bienes de acá, sino para otro no sabido bien, que Dios nos ha prometido ya, pero del que no pueden los hombres hacerse idea todavía. Del cual bien, en efecto, ha dicho: «Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni a corazón de hombre se antojó, tal preparó Dios a los que le aman». De bien tan magnífico, hermoso e inefable, ningún hombre ha podido, en consecuencia, dar noción; mas tiene a su favor la promesa divina. El hombre ahora, ciego de corazón como es, resulta inhábil para concebir promesa semejante, ni hay modo de hacerle palmario qué será mañana el hombre mismo a quien tal promesa se le hace. He ahí un niño recién nacido; puede, supongamos, entender lo que se le dice; mas, como sucede por lo común en los niños, no puede hablar, andar ni hacer nada. Débil, siempre acostado, necesitado siempre de una mano ajena, no puede sino, por hipótesis, entender al que le habla. Si éste le dijera: «Mira, dentro de algunos años tú serás como yo, un hombre que anda, que hace cosas, que habla...», el niño, poniendo los ojos en sí mismo y en quien se lo dice, aunque viera lo que se le promete, no le creyera. ¡Se halla tan desvalido! No lo creería ni aun teniendo delante de los ojos lo que se le promete. También a nosotros, como a infantes acostados en esta carne, una calamidad toda ella, se nos promete una cosa grande, y, bien que ahora invisible, la fe, merced a la cual creemos lo que no vemos, se mantiene firme; gracias a ella veremos mañana lo que creemos hoy. Quien de la fe se burle, porque, a su juicio, no se ha de creer sin ver, llenará de vergüenza en llegando lo que rehusó creer; tras la confusión vendrá la separación, y tras la separación la condenación; pero al que hubiere creído apartárasele a la derecha mano y allí estará de pie, con grande confianza y alegría, entre aquellos a quienes se dirá: «Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino que os está preparado desde el principio del mundo».

SAN AGUSTÍN, Sermón 127

San José y la Sagrada Familia en Belén

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

CONTEMPLANDO la infancia de Cristo se advierte que hay un período de unos dos años escasos, que queda muy oculto en la narración evangélica, en los que la Sagrada Familia debió de permanecer en Belén, antes de la adoración de los Magos. El evangelio de san Lucas dice muy poco, aparte de la Circuncisión del Niño y su Presentación en el Templo. Pero es mucho lo que se puede deducir y contemplar, con los datos que ya conocemos, y sabiendo lo que, por la divina Providencia, habrá de ocurrir después.

Durante este período es cuando más se evidencia el ejercicio de la autoridad familiar de san José. El santo Patriarca actúa en todo momento como padre de familia, y como veremos, asume su responsabilidad como tal, en momentos realmente difíciles. Siempre obediente a los designios de Dios, José deberá tomar decisiones, no sólo para el nacimiento de Jesús, sino también para establecerse en Belén, y finalmente para ponerse a salvo de la furia homicida de Herodes. Vemos, pues, como pudo ser este breve período de tiempo.

La estancia en la cueva de Belén debió durar muy poco, tal vez unos días, o incluso sólo unas horas. Está claro que sirvió para acoger a la Sagrada Familia en la intimidad del parto, pero no parece que fuera a constituir un alojamiento estable. En esto hay que diferir de nuestros tradicionales belenes navideños, en los que también la adoración de los Magos se representa allí, en una bellísima composición llena del encanto propio de las tradiciones populares.

La realidad fue sin duda más normal, y san José debió de encontrar pronto una casa donde alojarse. Hay comentaristas que suponen que san José, al llegar a Belén, se encaminó a la casa de sus antepasados. Incluso la visión mística de la beata Catalina Emmerich lo supone así. Sin embargo, según estos comentaristas, debido al censo de Augusto, la casa podía estar realmente ocupada por mucha gente, y José debió de instalarse en los bajos, donde se albergarían los animales. Estos bajos serían, en este caso, la cueva que veneramos.

Fuese así, o fuese una cueva alejada de la casa, lo razonable es que san José, finalmente, se alojara en la vivienda de sus ancestros, la casa de David, o en otra que sus parientes de Belén le proporciona-

ran. No podemos saber si la vivienda fue compartida con otros parientes, o se trataba de una casa, más modesta, pero sólo para ellos; lo que sí debemos considerar, es que en ella se debió instalar el taller de san José, el que durante tantos años sirvió al santo Patriarca para ganarse el sustento.

Es muy curiosa la descripción que hace la beata, de la casa de David en Belén, en tiempos de san José. Catalina cree que san José había nacido en Belén, y piensa asimismo que su padre Jacob nunca salió de allí, opinión que seguramente es discutible, pero la descripción que hace de la vivienda es digna de ser contemplada porque se corresponde bastante bien con las casas importantes de la época:

«... Sus padres vivían en un gran edificio que había antes de llegar a Belén, casa solariega de David, a cuyo padre Isaí o Jesé había pertenecido. En tiempos de José, del viejo edificio no quedaba mucho, aparte de las paredes maestras ...»

«... La casa tenía delante una atrio rodeado de columnatas cubiertas de una especie de enramadas, igual que las de la antigua Roma... Encima la casa tenía alrededor una galería ancha que en sus cuatro esquinas tenía torreones parecidos a columnas cortas y gruesas, terminadas en grandes cúpulas esféricas con banderolas. Desde las mirillas de las cúpulas, a las que se subía por escaleras en el interior de los torreones, se podía ver todo el contorno sin ser visto. En el palacio de David en Jerusalén hubo también torreones de éstos ...»

«... Todos dormían en el centro del piso que tenía la galería alrededor... Sus dormitorios, que consistían en alfombras que se apoyaban, enrolladas, contra la pared, estaban separados por tapices que también podían quitarse ...»

Nuestra opinión es que, aunque seguramente la casa de David en Belén pudo realmente ser así, tanto san José como su padre Jacob, emigrados a Galilea como se supone con fundamento, debían tener un estatus social más modesto que el que se correspondería con este tipo de vivienda (la beata describe, además, la existencia de un preceptor y varios sirvientes). Ahora bien, el santo Patriarca tenía sin duda parientes, que podían habitar en esta casa, y que le



Así eran las casas judías de nivel medio. San José pudo vivir en una de ellas.

podrían proporcionar, allí mismo o en otro lugar, una vivienda adecuada.

Transcurren dos años de vida cotidiana en Belén. José trabaja en su taller, y posiblemente en la cercana Jerusalén, mientras María cuida de la casa y del Niño Jesús. Estos dos años que se suponen, y que son una referencia fundamental en nuestra narración, se basan en la matanza de Inocentes que ordenará Herodes, y que afectó a todos los niños de dos años para abajo.

A nosotros nos ha servido, junto con el viaje de María a Belén, como base de nuestro razonamiento que nos lleva a pensar que san José, ha aceptado de buen grado establecerse en la ciudad de David. Para José, este cambio, aparte de la dificultad propia de toda mudanza, en realidad debía representar, como ya hemos dicho, una mejora en todos los ámbitos. En efecto, Nazaret era mucho más pequeño que Belén, y probablemente mucho más pobre. En cambio en Belén, la proximidad de la capital, Jerusalén, y las grandes obras que se estaban allí realizando, debían proporcionarle al santo Patriarca muchas oportunidades de desarrollar su trabajo.

Es bueno contemplar el trabajo profesional de san José. La Sagrada Familia es el modelo en el que debemos fijarnos para orientar nuestra propia vida familiar, y san José, como decimos, además de padre fue trabajador, y un trabajador sin duda cumplidor y competente como el que más. Pero este trabajo de san José no debe hacernos perder de vista su patriarcado, y su dulce cercanía con el Hijo de Dios al que contempló junto a María, su esposa. «Ora et labora» dirá bastantes siglos más tarde la regla

monástica de san Benito: san José fue el primero en darle cumplimiento.

Contemplemos ahora a la Virgen María en su vocación maternal: El Hijo de Dios, hecho Niño, débil e indefenso, como todos los recién nacidos, es cuidado, alimentado, limpiado y, sobre todo amado, por la más solícita de las madres. A veces se ha considerado si el Niño Jesús lloraba, o tenía las dificultades propias de todos los bebés en la lactancia (dolores, enfermedades, etc.) y no ha faltado quien ha creído que debía haberse librado de los males propios de nuestra naturaleza caída. Nada más erróneo. Jesús quiso asumir nuestra naturaleza en todo, excepto en el pecado. Y la asumió, incluso en aquellos males que padecemos por nuestra culpa original, llegando al mayor de estos males dando, en forma cruenta, su vida por nuestra redención.

En apoyo de esta afirmación, dice santo Tomás en la *Suma teológica*: «... el Hijo de Dios no nació idealmente, como teniendo un cuerpo imaginario, sino teniendo un cuerpo verdadero ...» (Sum. III q.5, a.1), o también, en la cuestión catorce: «... Fue conveniente que el cuerpo asumido por el Hijo de Dios estuviese sometido a las debilidades y defectos humanos... porque el Hijo de Dios, asumiendo la carne, vino al mundo para satisfacer por los pecados del género humano. Y uno satisface por los pecados de otro cuando echa sobre sí mismo la pena debida a los pecados de ese otro. Ahora bien, los defectos corporales a que nos referimos, es a saber: la muerte, el hambre y la sed y otros por el estilo, son pena del pecado, introducido por Adán en el mundo, según Rom 5,12: Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte. Por eso fue conveniente, en relación con el fin de la encarnación, que asumiese en nuestra carne las penalidades de esta naturaleza, en lugar nuestro, según Is 53,4: Verdaderamente se apropió nuestras enfermedades ...»

Y así, con las carencias propias de un lactante, primero, y de un niño pequeño que balbucea y da sus primeros pasos, después, Jesús es guiado e instruido por su Santísima Madre. Y así, como decíamos al principio, transcurren dos años, probablemente los dos mejores años de la vida de la Sagrada Familia, porque además, estaban en su verdadero país, la Judea de sus antepasados.





Pequeñas lecciones de historia

El beato Pere Tarrés y la dignidad de la mujer

GERARDO MANRESA

NUNCA como ahora se habla tanto de la dignidad de la mujer, pero cuanto más se trata este tema en los medios de comunicación y en la mayor parte de los ambientes sociales, mayor es la vejación en que la mujer cae. En muchos casos es la mujer misma, la que, con la reclamación de lo que ella llama sus derechos, se profana aún más. Ante la fiesta de la Purísima Concepción, fiesta de la pureza, traemos unos ejemplos admirables del beato Pere Tarrés, apóstol de la pureza y de la verdadera dignidad de la mujer.

Fragmento de la plática dada a las jóvenes de la parroquia de San Vicente de Sarriá:

Trataremos hoy de la altísima dignidad de la mujer de la cual no me cansaré de hablar nunca. En todas las vocaciones de la vida, tanto las religiosas y casadas, como las que son solteras, por vocación, o por aquellas que han sabido mantenerse así, antes que casarse con cualquiera, manteniendo su dignidad.

La joven tiene un poder de atracción sobre el hombre y actúa delante de él con una astucia que podríamos llamar serpentina. Dice Monsabre: «Tu amor es una flor delicada; ¡qué gracia, perfume y esplendor ha de guardar para una fiesta única!». La mujer no puede jugar con el amor. San Francisco de Sales dice «que habéis de guardar vuestro primer amor para aquel que ha de ser vuestro esposo.» Los jóvenes serios que miran el matrimonio con ojos cristianos, sueñan con esta joven que mantiene su corazón con virginidad de amor, con la esperanza del primer fruto que le ha de traer la prometida. Son muchas las jóvenes que llegan al matrimonio con un corazón «virginal». ¡Oh, la belleza y la pureza del primer amor guardado en el recinto de un corazón de virgen!

Si tuviéramos que catalogar a los hombres, dejaríamos la primera categoría para aquellos de una honradez y seriedad intachables. No abundan por los salones y salas de baile y miran con recelo a las jóvenes que dedican la mayor parte de su vida al té, al tenis y a los bailes. A la mayor parte de los que van de fiesta en fiesta se les puede calificar de divertidos. Estos buscan la diversión de la mariposa o de la abeja que van a la flor sólo para chuparle el néctar. ¡Oh, queridas!, no os dejéis enredar como el cuervo que tiene el queso en la boca. Tened cuidado con este revolotear de aquí para allá. Tened en cuenta que el primer éxito obtenido por una joven no pasa de ser un halago. La buena joven es aquella que guarda para la fiesta única la flor delicada de su amor. Os habéis de recatar porque habéis de ver el mal que hacéis en el mundo. Tened en cuenta que

ningún joven podrá atreverse a la más mínima ligereza si vosotras no se lo permitís, y el joven será puro si vosotras queréis. La que con alegría y buen humor sabe mantener una conversación, esquivando conceptos oscuros; la que con dignidad sabe mantener una elegancia... la joven que tenga decidido que el primer beso ha de ser el de los esposales... Mirad, por tanto, qué grande es la dignidad de la joven. Cómo habéis de guardaros pensando que es la patente de integridad que los jóvenes tendrían que exigir en las chicas. Desconfiad del que os pretenda hablar de una manera impura. No lo dudéis: no es digno de vosotras. Pensad que habéis de mantener esta virginidad tan pura, tan agradable a Dios Nuestro Señor. El hombre busca los momentos en que los vestidos, la luz, los perfumes... es cuando la joven tiene el peligro de cerrar los ojos y dejarlo pasar todo. Habéis de demostrar lo que valéis y la chica que sabe guardar y mantener esta dignidad, esta es la joven que queremos. Una actitud poco digna, una sonrisa intempestiva delante de una palabra de doble sentido, es el obrar de una chica que los jóvenes dicen que sirve para divertirse, pero no para ser luego su esposa. Vuestro amor ha de ser, el día que lo deis, verdadero, sin falsedades. No queráis ser de aquellas jóvenes que se hacen ir detrás, que hacen sufrir a los jóvenes.

Última carta a las jóvenes de Sarriá dos meses antes de su muerte, junio de 1950:

Sed jóvenes juiciosas y con temple, particularmente ahora que estamos en un tiempo en que pueden medirse con tanta facilidad estas cualidades. Sed puras y honestas: en el Cielo serán las diademas que luciréis con mayor refulgencia. Elegantes y dignas, pero nunca provocativas. ¡No podéis imaginaros de cuántos pecados es causa una chica deshonesto! Vigilad, que las leyes de la moral cristiana las ha establecido el mismo Dios, y, como Él, son eternas; por tanto, no están a merced de los creadores de la moda ni de los árbitros de la modistería de París... Los hombres no podrán modificarla sin infringir la ley divina. El que se atreve, con sus procacidades, peca gravemente, porque viola a conciencia un principio eterno.

Dad buen ejemplo. Es el mejor y el más fecundo de los apostolados. Ejemplo en vuestros hogares, en las calles y en el trabajo. Sed chicas de provecho, de carácter, de iniciativa. No os dejéis llevar por el simple sentimiento. Cumplidoras conscientes de vuestras obligaciones. Sed fieles en las prácticas de piedad. Muy devotas de la Virgen...

No os olvida y os envía su bendición, vuestro, P.T.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El Papa ora ante las reliquias de santa Teresita del Niño Jesús

AL final de la audiencia general del miércoles 14 de noviembre, el Papa recordó a los peregrinos que hace ciento veinte años «Teresita vino a encontrarse con el papa León XIII, para pedirle permiso para entrar en el Carmelo, a pesar de ser demasiado joven». «Hace ochenta años –siguió recordando–, el papa Pío XI la proclamaba patrona de las misiones y, en 1997, el papa Juan Pablo II la declaraba doctora de la Iglesia».

«Después de esta audiencia, tendré la alegría de rezar ante sus reliquias, al igual que pueden hacerlo numerosos fieles durante toda la semana en las diferentes iglesias de Roma», confesó. La peregrinación con las reliquias de la Santa a Roma está encabezada por el obispo de Bayeux y Lisieux, monseñor Pierre Pican, y por el rector de la basílica de Lisieux, monseñor Bernard Lagoutte, y se prolongará hasta el próximo 27 de diciembre para recorrer toda Italia.

Lourdes: el Papa concede indulgencia plenaria en el 150 aniversario de las apariciones

EL pasado 5 de diciembre se hacía público un decreto firmado por el cardenal James Francis Stafford y por el obispo Gianfranco Girotti, O.F.M. Conv., respectivamente penitenciario mayor y regente de la Penitenciaría Apostólica, por el que Benedicto XVI concederá a los fieles la indulgencia plenaria con motivo del ciento cincuenta aniversario de la aparición de la Bienaventurada Virgen María en Lourdes «para que de esta conmemoración se deriven frutos crecientes de santidad renovada».

La indulgencia plenaria se podrá ganar de varias maneras. La primera prevé que «desde el 8 de diciembre de 2007 al 8 de diciembre de 2008 se visiten, siguiendo preferiblemente este orden: 1) el baptisterio parroquial donde se bautizó Bernadette; 2) la casa llamada «cachot» de la familia Soubirous; 3) la gruta de Massabielle; 4) la capilla del hospicio donde Bernadette recibió la Primera Comuni3n, pasando el tiempo recogidos en meditaci3n y concluyendo con el rezo del Padrenuestro, la profesi3n de fe de cualquier manera legítima, y la oraci3n jubilar u otra invocaci3n mariana». La segunda modalidad establece que los fieles «desde el 2 de febrero de

2008, Presentaci3n del Se3or, hasta el 11 de febrero de 2008, memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes y ciento cincuenta aniversario de la aparici3n, visiten en cualquier templo, oratorio, gruta o lugar decoroso la imagen bendecida de la Virgen de Lourdes, expuesta solemnemente a la veneraci3n pública y ante la misma participen en un acto de devoci3n mariana o al menos se recojan en meditaci3n y concluyan con el rezo del Padrenuestro, la profesi3n de fe de cualquier manera legítima y la invocaci3n de la Bienaventurada Virgen María». Finalmente, como tercera modalidad el documento establece que «los ancianos, los enfermos, o todos los que, por legítima causa, no puedan salir de casa, podrán alcanzar del mismo modo, en su propia casa o allí donde les retiene el impedimento, la indulgencia plenaria (...) si, «con ánimo alejado del pecado y con la intenci3n de cumplir las tres condiciones necesarias apenas les sea posible, los días del 2 al 11 de febrero de 2008, cumplirán con el deseo del coraz3n una visita espiritual a los lugares antes indicados, rezando las oraciones citadas y ofreciendo a Dios con confianza, por medio de María, las enfermedades y dificultades de su vida».

Temor en Venezuela

DE todos es conocida la situaci3n política por la que está atravesando Venezuela. Y como no podía ser de otra manera la Iglesia ha sido una de las primeras víctimas del revolucionario gobierno de Chávez.

Así denunciaba públicamente monseñor Roberto Lückert, arzobispo de Coro en Venezuela y vicepresidente de la Conferencia Episcopal Venezolana, las amenazas que desde el gobierno venezolano están sufriendo los obispos del país: «Los miembros del Gobierno nacional han agredido de manera muy violenta y desproporcionada, de forma muy grosera, al episcopado nacional; llamando hasta sinvergüenza, maleante, vagabundo al se3or cardenal (el arzobispo de Caracas, cardenal Jorge Urosa Savino)».

También ha llegado hasta nosotros a través de Zenit.org el testimonio de la hermana Arely Martínez, superiora provincial de las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia en Venezuela, en el que manifestaba que «la situaci3n del país se está complicando cada vez más». «Estoy no sólo preocu-

pada, les confieso que tengo miedo (aunque me resuena constantemente el 'Yo estoy con vosotros' y quiero serle fiel)». La religiosa explicó también que durante una marcha de estudiantes que se oponen a la reforma constitucional de Hugo Chávez, detrás de la casa provincial, un «grupo de policías violentos, afectos al presidente, atropellaron personas, atracaron todo lo que podían y llegaron hasta nuestra casa, lanzaron dentro, en el pasillo que queda en la entrada, por la puerta de hierro, un cohete de pólvora con clavos y vidrios. La explosión rompió los vidrios, se llenó la casa de olor a pólvora, nos insultaron todo lo que les dio la gana, fue horrible, vi odio en esas personas». La religiosa relató que «desde los edificios la gente les gritaba que no nos hicieran daño y le respondieron con improperios, les lanzaron piedras, palos, de todo lo que cargaban», y consideró que es «de verdad impresionante ver cómo ellos responden a lo que el mismo Chávez les dice que hagan». «Llamamos a la policía, vinieron y nos dijeron que esa era gente mandada por el gobierno y que ellos nada podían hacer. También se lo comunicamos al cardenal y él me dijo que habían ido a la casa de la Conferencia hoy y habían prendido un muñeco que lo representaba a él. También que en la madrugada habían entrado en una iglesia en Antímano y la profanaron. Vamos por la calle y nos persiguen, nos insultan, nos hostigan. Este es un ambiente muy tenso, doloroso, de tensión». Por último, la hermana Arelys reclamó: «Ayúdenos con la oración, para que seamos testigos de los valores del Reino».

Veintitrés nuevos cardenales

EN una basílica de San Pedro del Vaticano tan llena de peregrinos que éstos se desbordaban por toda la plaza y en el marco de la concelebración eucarística, el pasado 25 de noviembre Benedicto XVI entregó a los veintitrés nuevos purpurados, junto al anillo cardenalicio, la consigna de dar su vida por la Iglesia.

En su homilía, el Papa explicó que «en Jesús crucificado tiene lugar la máxima revelación de Dios en este mundo, pues Dios es amor, y la muerte en la cruz de Jesús es el acto más grande de amor de toda la historia». Por eso, dirigiéndose a los nuevos cardenales, les dijo que el anillo es «una invitación a recordar al Rey del que sois servidores, el trono en el que Él fue elevado y su fidelidad hasta la muerte para vencer el pecado y la muerte con la fuerza de la divina misericordia».

Con estos nuevos cardenales –originarios de Alemania, Argentina, Brasil, España, Estados Unidos, Francia, India, Iraq, Irlanda, Italia, Kenia, México,

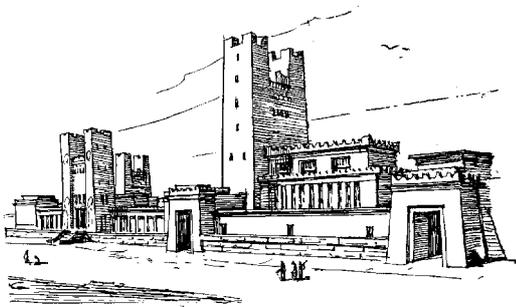
Polonia y Senegal– el Colegio cardenalicio queda compuesto por 201 purpurados, de los cuales 120 son electores y 81 no electores por haber cumplido ya los 80 años.

Se reabre la catedral de México

TRAS el acto de vandalismo sufrido el pasado 18 de noviembre en el que cerca de doscientas personas irrumpieron de manera violenta en la catedral mientras se celebraba la misa del mediodía, gritando sacrílegamente consignas a favor de Andrés Manuel López Obrador y un sinfín de improperios en contra de Benedicto XVI y del cardenal Norberto Rivera Carrera, el apoderado legal junto con los sacerdotes que atienden la misma decidieron cerrar el templo y exigir una investigación para deslindar responsabilidades y que se castigue a los culpables de la agresión a los fieles y a los sacerdotes celebrantes. Máxime cuando no se trata de un hecho aislado sino que son ya veinticuatro las ocasiones en que ha sido agredida la catedral.

El pretexto dado por los asaltantes fue que el repique de campanas para la llamada a misa había sido una provocación en contra del líder de izquierda López Obrador (del Partido de la Revolución Democrática), que celebraba un mitin en una plaza cercana a la catedral. El gobierno de la capital ha tratado, por todos los medios, de atemperar la situación, exigiendo la reapertura del templo, sede del arzobispo primado de México. Sin embargo, monseñor Rivera Carrera exigió para la reapertura del templo un acuerdo por escrito, por parte del gobierno del Distrito Federal, en el que éste se comprometiera a hacer respetar la libertad de culto.

Finalmente, el pasado 23 de noviembre, tras permanecer cerrada al culto toda la semana, el Consejo Episcopal de la Archidiócesis de México hacía público un comunicado en el que anunciaba «con gran alegría al Pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad, que el Consejo Episcopal, después de analizar detenidamente la propuesta presentada por la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal sobre el Plan de Protección Integral de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, en el que se garantiza la seguridad del Señor Cardenal y sus ministros, de los fieles y de los visitantes, así como el cuidado de su acervo artístico y cultural, ha decidido reabrir las puertas de esta iglesia con la celebración de las primeras vísperas de la solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del universo, celebración litúrgica con la cual la santa iglesia Catedral Metropolitana quedará nuevamente abierta al culto y al servicio de la comunidad cristiana.»



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
y SANTIAGO ALSINA

La crisis belga, crisis de identidad

BÉLGICA no pasa por sus mejores momentos, como lo atestigua una crisis gubernamental que ya dura más de cinco meses, el tiempo transcurrido desde las últimas elecciones y durante el que los partidos políticos han sido incapaces de llegar a un pacto para formar gobierno. En este contexto se han sucedido las manifestaciones, unas pidiendo la disolución del país, otras exigiendo su pervivencia, las primeras agrupando mayoritariamente a la población flamenca, las segundas a los valones francófonos.

La historia de las tensiones entre flamencos y valones es antigua. Tras las invasiones napoleónicas y la batalla de Waterloo (por cierto, muy próxima a Bruselas), el Congreso de Viena en 1815 unió el principado de Lieja y los Países Bajos del Sur, hasta entonces gobernados por los Habsburgo, para de este modo sustraerlos de la influencia francesa. La Revolución de julio de 1830 supuso la creación de la Bélgica actual por separación de la actual Holanda. Se trataba de un país católico, dominado inicialmente por los valones francófonos, que a partir de 1831 se constituiría en monarquía constitucional cuyo primer rey sería Leopoldo de Saxe-Coburgo (y no un hijo de Luis Felipe de Francia, en otro gesto de desconfianza hacia Francia). Los poco más de 170 años de vida de Bélgica (una cifra no despreciable pero tampoco definitiva) se han visto sacudidos por dos guerras en las que el país fue totalmente ocupado, momentos críticos en los que la monarquía belga fue un factor de unión de primer orden. Un papel que el rey Balduino jugó en su momento y que, ahora, Alberto II intenta continuar, a pesar de las dificultades del momento.

Decir Bélgica hoy en día es decir también Bruselas, capital belga pero también capital de la Unión Europea, el lugar donde residen la mayor parte de las instancias comunitarias. Curiosa paradoja, pues, la de la ciudad que pretende simbolizar la unión de Europa y que, al mismo tiempo, a duras penas consigue mantener unida la pequeña Bélgica. Quizás el origen del problema sea el mismo: la ausencia de un motivo profundo para estar unidos; motivo que, por su propia naturaleza, debe trascender la utilidad eco-

nómica. El nacimiento de Bélgica estuvo fuertemente marcado por la lucha de los católicos, tanto de lengua francesa como flamenca, para que les fuera garantizado el derecho a educar a sus hijos de acuerdo con su fe. Este carácter católico era el que singularizaba a Bélgica frente a sus vecinos. Debilitado, por no decir desaparecido, ese carácter propio, la existencia de Bélgica como unión de dos comunidades étnicas, antaño unidas por una fe común, deviene cuando menos problemática. Algo similar está ocurriendo ante nuestros propios ojos en nuestro propio país, mientras que la ausencia de esa unión en el ámbito espiritual lastra irremediablemente el muy estancado proceso de construcción europea. Como sostenía el filósofo francés Marcel Clément, las naciones tienen una vocación, y sólo perduran cuando le son fieles.

Derrota de Hugo Chávez en el referéndum para la reforma constitucional

NADIE lo esperaba, ni siquiera el propio Chávez, pero lo cierto es que el milagro se produjo y su proyecto de reforma de la Constitución ha quedado, de momento, aparcado. Con una alta abstención, de casi el 45%, y una exigua ventaja —un 50,7% de «noes» frente a un 49,2% de «síes»— lo cierto es que la movilización de la oposición, en especial de los estudiantes, y las advertencias de la Iglesia han surtido efecto. La noticia es importante, pues supone un freno a la escalada dictatorial en la que se encontraba inmersa Venezuela, que ha visto cómo durante los últimos tiempos eran clausuradas cadenas de televisión poco afines al régimen.

La reforma constitucional propuesta por Chávez significaba un paso definitivo en el camino del socialismo populista bolivariano pues atacaba el derecho de propiedad y abría las puertas a que Chávez se perpetuara en el poder, al eliminar la limitación de mandatos a los que un dirigente se puede presentar. La Iglesia, sometida a una presión cada vez mayor al tratarse de una de las pocas, si no la única, voz con autoridad moral para denunciar los desmanes *chavistas*, respirará aliviada, pues últimamente la presión había pasado de los insultos y amenazas a

las agresiones físicas e incluso al ataque contra algunos templos. Por desgracia, los fantasmas del *chavismo* no se han evaporado del todo y todo hace presagiar que Hugo Chávez volverá a la carga de nuevo, como se desprende de sus declaraciones: «Me equivoqué en la selección del momento estratégico para hacer la propuesta; pudiera ser que aún esos dos o tres millones, y hasta más, aún no estén maduros para asumir un proyecto abiertamente socialista». Confiemos en que no «maduren» nunca; por el momento Chávez ha perdido su aureola de invencibilidad y la Iglesia en Venezuela va a poder vivir con algo más de libertad.

La canciller alemana Merkel deja las cosas claras

UN político que habla claro y sin complejos, algo que nos resulta casi inimaginable de tanto oír a políticos abstrusos y políticamente correctos. No es así el caso de la canciller y presidenta de los democristianos alemanes, Angela Merkel, quien recientemente clausuró el congreso que su partido ha celebrado en Hannover.

El congreso se caracterizó, en primer lugar, por una afirmación de patriotismo en un país en el que, hasta no hace mucho, todo aire patriótico resultaba sospechoso de vinculación con el nazismo. Quizás no sea anecdótico el hecho de que Merkel es originaria de la antigua RDA comunista, lo que le avala para entonar, junto a sus congresistas, el himno alemán, sin ser sospechosa de nada. Pero Merkel no se limitó a los aspectos simbólicos, sino que abordó algunos de los temas clave del futuro de su país y de toda Europa. Entre ellos la inmigración, que dijo respetar pero a la que, afirmó, se le debe exigir su identificación con el país, incluido el reconocimiento de la cultura de referencia alemana, que es cristiana (aunque parezca obvio, no está de más recordarlo). Y a ello habría que añadir otra de las frases de Angela Merkel que hicieron fortuna en este congreso: «Vellaré para que los minaretes no sean intencionadamente contruidos para ser más altos que los campanarios de las iglesias».

La canciller también reiteró su firme oposición al ingreso de Turquía en la UE. «Nos hemos comprometido a construir una asociación privilegiada

con Turquía, pero nos oponemos a su adhesión», dijo. Y recalcó que esta opción es compartida con Francia y está escrita «negro sobre blanco en el nuevo programa político que adoptamos en este congreso».

En cuanto a política familiar, la CDU reconoció a la familia como el núcleo de la sociedad y a los hijos, a su vez, como el núcleo de la familia; en consecuencia rechaza que puedan considerarse matrimonio otras situaciones diferentes de la unión entre un hombre y una mujer. En la línea de respeto hacia los niños, Merkel hizo aprobar una declaración en la que se cerraba cualquier vía a la adopción de niños por parte de parejas homosexuales. Así pues, podemos decir que una lección nos llega desde Alemania: es posible hablar claro y afirmar los principios que aseguran el futuro de nuestra sociedad; sólo hace falta un poco de valor.

Demografía israelí

LA demografía es una de las ciencias humanas más inexorables: difícilmente podemos actuar sobre las tendencias demográficas en el corto plazo y, en consecuencia, cuando constatamos un desequilibrio es ya, la mayor parte de las veces, demasiado tarde. En cualquier caso, es también una de las ciencias más agradecidas, pues si uno es serio y no se empeña en violentar los datos demográficos a favor de sus tesis, nos permite hacer previsiones bastante acertadas del futuro de la composición de la población. Los últimos datos que nos llegan de Israel merecen que no los pasemos por alto. Mientras que la tasa de fecundidad de los judíos israelíes desciende ligeramente en los últimos quince años, pasando de 2,61 a 2,27 hijos por mujer (superando, no obstante, la tasa de reemplazo, algo que en los países occidentales parece inalcanzable), la tasa entre los judíos ultraortodoxos ha pasado de 6,49 hijos por mujer a los actuales 7,61. Unas tasas inimaginables, con abundancia de las familias con diez o más hijos, que hacen que el peso de los ultraortodoxos, muy minoritarios hace medio siglo, no cese de crecer. Cualquier demógrafo aficionado puede, en base a estas tasas de fecundidad, hacer proyecciones de futuro; todas indican una presencia ultraortodoxa muy superior a la actual, con profundas consecuencias en la vida política israelí.





DAVID AMADO

DALE AHLQUIST

G. K. Chesterton: el apóstol del sentido común
Madrid, Voz de Papel, 2006

Lo mejor que se puede hacer con Chesterton es leerlo. Todo lo suyo vale la pena, incluso los poemas, que suelen ser la parte débil de los grandes ensayistas. Lo mismo cabe decir de sus novelas y hasta de los artículos periodísticos. Con Chesterton pasa como con el cerdo, se aprovecha todo. Para colmo lo que dijo hace casi un siglo sigue teniendo validez ahora. En algunos casos incluso más actualidad que cuando el lo dijo o escribió.

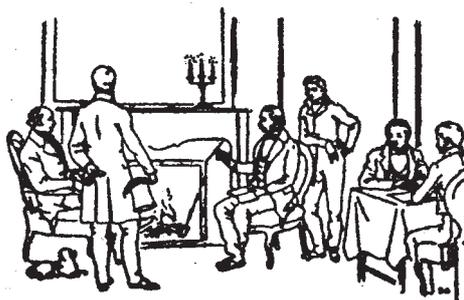
Se lamenta el autor de este libro, que es un recorrido por la obra de Chesterton, de que el autor ha sido ninguneado en las aulas. ¿Qué esperaba? Leer a Chesterton en una escuela provocaría la rebelión inmediata de los alumnos. Sin embargo su obra sigue estando ahí y tenemos la suerte de que se han reeditado muchas obras suyas en castellano, muchas con traducción revisada. Basta leer a Chesterton para educar la cabeza. Sobresale en él el sentido común, que en su caso, lo guió con anterioridad a la fe. Es el claro ejemplo de que cuando uno sigue a la razón, permitiéndole que se fije en las cosas y no en sí misma, acaba llegando a la verdad y es capaz de reconocerla allí donde se encuentra. Chesterton educa en la honestidad intelectual. Por esto tampoco cabría en un debate televisivo ni en un debate público de nuestra época. En la suya (muere en 1936) podía hacerlo porque el error universal aún no era criterio de bienestar social.

En este libro, escrito por uno de los máximos especialistas mundiales en la obra del polemista inglés, se recorren algunas de sus obras más importantes como *Ortodoxia*, *Lo que está mal en el mun-*

do, etc. No están todas las de autor, que lo merecerían, pero lo que se nos ofrece es un recorrido muy válido para conocer a Chesterton y, sobre todo, para descansar en la cordura. Con acierto se cita profusamente al autor inglés. Uno no deja de asentir, reírse, o ambas cosas con cada texto traído a cuenta. Pero lo que más sorprende es su clarividencia. No puedo dejar de citar un par de textos encontrados en este libro y referidos a temas candentes como la eutanasia o el control de la natalidad. Están en uno de los últimos capítulos del libro y servirán para dar cuenta de que ya vio la amenaza que ahora tenemos encima.

Refiriéndose a los defensores de la eugenesia señala que tienen una actitud hacia el niño que en otra época hubiera sido impensable: «Buscan la vida del niño para arrebatársela» (Cosa que pasa ahora cuando se tienen hijos para curar a sus hermanos), o su advertencia sobre el doble lenguaje que propugnarían los defensores de la cultura de la muerte: «El mal siempre obtiene ventaja de la ambigüedad. (...) El mal siempre vence por medio de la fuerza de sus espléndidos bobos; en todas las épocas ha existido una catastrófica alianza entre la inocencia anormal y el pecado anormal».

No creo que Dale Ahlquist consiga que Chesterton vuelva a las aulas, pero sí que logrará que todos los que lean este libro sientan nostalgia de un mundo en el que es posible razonar y utilizar el sentido común sin miedo de estar locos. Chesterton lo hizo y su lectura es un antídoto contra tanta superchería mediática, sociológica y pseudocientífica con la que cada día tropezamos. Que nadie piense que es inmune, porque se filtra por todas partes. Pero existe gente grande que nos permite mirar de nuevo al mundo sin dejar de ver lo que realmente hay en él.





Hemos leído

ALDOBRANDO VALS

Masonería: la modernidad es anticlerical

Monseñor Luigi Negri, obispo de San Marino-Montefeltro, ha prologado el libro recientemente publicado en Italia I papi e la massoneria («Los papas y la masonería»), de la historiadora Angela Pellicciari. Y allí, en efecto, afirma que la modernidad tiene un proyecto de enfrentamiento con la Iglesia. Extractamos a continuación partes de su interesante escrito:

Lo que me ha llamado la atención en este abundante magisterio es la profundidad de la lectura que los papas han hecho del fenómeno masónico y de sus fundamentos últimos: antropológicos, metafísicos, culturales, éticos. Ha sido una lectura que ha seguido, paso a paso, el desarrollo de la masonería, yendo hasta el fondo de sus presupuestos, anticipando muchas veces las consecuencias que, en el plano de la vida de la sociedad y de su relación con la Iglesia, se han realizado después. Así pues, en primer lugar, mi gratitud por esta relectura sabia, inteligente, informada, que nos pone en condiciones de ver cómo la Iglesia no ha cedido, ni por un momento, a ninguna tentación de acuerdo o irenística. La masonería es un enemigo de la Iglesia; nace con esta enemistad y persigue realizarla con la destrucción de la Iglesia y de la civilización cristiana y con la sustitución de ésta por una cultura y una sociedad sustancialmente ateas, aunque aún se pueda hacer referencia al arquitecto del universo. Pero está fuera de toda discusión que se trata de una referencia a un valor pensado y concebido en el interior de una mentalidad racionalista e iluminista.

He discutido muchas veces sobre las relaciones entre Iglesia y modernidad. Este libro me confirma en la tesis fundamental de

que no es la Iglesia la que es antimoderna, sino que es la modernidad la que es anticlerical. La modernidad es anticlerical, y el punto de ataque máximo a la eclesialidad lo representa justamente la masonería que, en cuanto elemento secretamente articulado y dinámicamente lanzado a la creación de una civilización alternativa a la que ha nacido de la fe, representa, a mi modo de ver, el elemento radical de la modernidad. En la masonería la modernidad se expresa con la máxima claridad y, en mi opinión, alcanza también el máximo impacto cultural y social. En consecuencia, este libro es una obra preciosa que confirma, profundiza y alarga la gran experiencia de la Iglesia frente al proyecto laicista moderno, contemporáneo.

Una segunda observación se me ha ocurrido leyendo este texto: la masonería ha encontrado su fuerza, ciertamente, en su secretismo, en la capacidad de individuar y asimilar el liderazgo de hombres incondicionadamente obedientes a sus directrices, pero también en la habilidad que ha tenido para influir en estratos cada vez amplios de la cultura y de las cúpulas de la vida civil e institucional. Así pues, la masonería ha representado estratégicamente un punto de ataque, no solamente a los principios, sino también a la mentalidad de aquellos que, en abstracto, deberían haberse erigido en baluarte de los principios tradicionales y que, por el contrario, se han convertido en totalmente funcionales al fenómeno erosivo de la tradición y revolucionario en enfrentamiento a ésta. Es también ésta una intuición que sostiene el magisterio de los papas sobre la masonería: los papas están de acuerdo en indicar, aunque desde diversas perspectivas, que la masonería está conquistando, lenta pero inexorablemente, también a aquellos que deberían haber defendido toda la riqueza, la

verdad, la belleza de la posición tradicional.

En este aspecto la historiografía es enriquecida por este trabajo ya que es indudable que, no sólo la masonería ha conquistado la vanguardia revolucionaria en Europa y en el mundo, sino que, sobre todo, ha condicionado fuertemente los regímenes que, nacidos de estas revoluciones de carácter masónico-liberal, desembocarían en los grandes sistemas totalitarios. Existe ciertamente una presencia muy grave e inquietante, ahora extensamente documentada, de numerosos afiliados masones en el interior de los grandes sistemas totalitarios y con responsabilidad de primer plano.

Así pues, gracias por este libro, porque es precioso y hace justicia frente a toda una vulgata difundida, incluso por ciertos eclesiásticos, sobre el cambio de posición de la Iglesia frente a la masonería y cuantos la sostienen, junto con el deseo —como he tenido que escuchar en persona de boca de un altísimo representante eclesiástico italiano— de una colaboración entre la Iglesia y la masonería sobre la base de que, en el fondo, tienen un campo común, el de la beneficencia, de las iniciativas solidarias que, a pesar de sus connotaciones diversas, confluyen en un único proyecto: el bienestar de la humanidad. Afirmaciones como ésta carecen de cualquier fundamento y este estudio lo demuestra.

La victoria final de Gramsci

El historiador Roberto de Mattei plantea una sugerente tesis desde las páginas de la revista de la Fondazione Liberal: la ausencia de una referencia al cristianismo en el preámbulo del proyecto de Constitución europea no es un detalle sin importancia, al contrario, supone el triunfo de

las tesis secularistas radicales del teórico comunista italiano Antonio Gramsci. Vale la pena pensarlo a fondo:

Es verdad que la referencia a la identidad cristiana no es en sí misma suficiente para «cristianizar» el Tratado. Sin embargo, la supresión de la referencia a la identidad cristiana tiene un valor simbólico mucho más fuerte del que tendría su inserción en el texto constitucional. Si la referencia a las raíces cristianas no basta para hacer cristiano el texto, la eliminación de esta referencia confiere al mismo texto una tonalidad decididamente laicista o anticristiana.

[...] No se puede negar, de hecho, que aunque sólo fuera desde el punto de vista histórico la religión, y en particular el cristianismo, ha tenido un papel importante en la formación de la conciencia europea. Este papel no puede ser ignorado por una constitución que se proponga como símbolo iconográfico de la identidad colectiva. El rechazo a incluir el cristianismo constituye una toma de partido. La idea de que, para evitar conflictos y discusiones el Estado o, en este caso, la Unión, debe asumir una posición de «neutralidad religiosa», constituye en realidad una opción preñada de discusiones y de conflictos mayores que los originados por la opción contraria. Weiler observa justamente que «si la solución constitucional es definida como una elección entre laicidad y religiosidad, está claro que no existe una posición neutral ante la alternativa entre las dos opciones. Un Estado que renuncie a cualquier simbología religiosa no expresa una posición más neutral que un Estado que asuma determinadas formas de simbología religiosa». Excluir la sensibilidad religiosa del preámbulo no es una forma de «neutralidad»: es, al contrario, una toma de partido determinada. Significa privilegiar, en la simbología del Estado, una visión del mundo secularista o laicista, respecto a una concepción cristiana o religiosa, intentando presentarlo como neutralidad religiosa. La exclusión de la referencia al cristianismo en el Tratado consti-

tucional europeo es, según Weiler, un «silencio atronador», una opción ideológica que él mismo define «transida de cristofobia».

[...] El problema sobre el que me quiero detener es el siguiente: ¿cuáles son las premisas ideológicas de esta «cristofobia»? ¿Cuál es la ideología subyacente a la neutralidad religiosa del Tratado constitucional? Es posible que ninguno, o muy pocos, de los artífices de la Constitución europea haya leído las obras de Antonio Gramsci, pero la ideología que subyace al Preámbulo de ese documento es, en mi opinión, el *gramscismo*.

La tarea del comunismo para Gramsci es llevar al pueblo aquel secularismo integral, que el iluminismo había reservado a unas elites restringidas, para así realizar una versión moderna y secularizada de la unidad espiritual y social que la Iglesia había realizado en el Medioevo. [...] El secularismo gramsciano se entiende, en este sentido, no como una posición abiertamente antirreligiosa, sino como la convicción de un inevitable proceso histórico del mundo moderno hacia la inmanencia. Mientras que el ateo tradicional dejaba aún un lugar a Dios, aunque sólo fuera para negarlo, el «hombre nuevo» comunista está de tal modo «inmerso» en el mundo y en la historia que ya no se plantea el problema de Dios; se trata de un ateísmo implícito, pero más riguroso y radical que el explícito clásico.

[...] En el marxismo originario —observa Del Noce— el fin de la religión es el resultado del advenimiento de la sociedad sin clases. En el gramscismo, en cambio, la extinción de la religión es más bien la *condición* de la Revolución. La destrucción de la religión no debe buscarse por medio de una propaganda atea directa, sino a través de una pedagogía historicista que convenza a los jóvenes de que la metafísica pertenece a un pasado irrevocablemente transcurrido. En el plano social, este ateísmo actúa mediante una simple eliminación del hecho del problema de Dios, realizada, según las palabras del propio Gramsci, por una «completa laicización de toda la vida y de todas las relaciones y costumbres»,

esto es, a través de una absoluta secularización de la vida social, que permitirá a la «praxis» comunista extirpar en profundidad las raíces sociales de la religión. El Estado «laico» auspiciado por los teóricos comunistas no tiene ya, pues, necesidad de profesarse explícitamente ateo. A diferencia de los estados ateos del pasado, éste no se contenta con una profesión verbal de ateísmo que sin embargo tolera la supervivencia de Dios y de la religión en la sociedad. Dios, expulsado ahora totalmente de cualquier ámbito social, no debe de ser nombrado ni siquiera para negarlo.

[...] El Tratado constitucional europeo se abre, por boca de Tucídides, con una referencia histórica a la democracia griega, pero ignora en su texto toda referencia histórica al cristianismo, revelando así su naturaleza secularista y laicista. El rechazo a introducir una referencia al cristianismo en su Preámbulo no constituye el rechazo a una visión confesional de la sociedad, sino la pretensión de borrar cualquier recuerdo del influjo cristiano en la historia europea. El Preámbulo del Tratado no rechaza solamente la relevancia jurídica del cristianismo, sino la misma relevancia histórica del fenómeno cristiano. El cristianismo, en esta perspectiva, debe ser removido de la memoria histórica y del espacio público para evitar cualquier forma de autocomprensión cristiana de Europa. El Preámbulo se convierte así en el símbolo iconográfico de una nueva Constitución europea en la que no hay lugar ni para Dios ni para el cristianismo. En este sentido podemos decir que en la Constitución europea, más allá de las intenciones de sus redactores, encuentra cumplimiento simbólico el proyecto gramsciano de «una completa secularización de toda la vida y de todas las relaciones y costumbres». Resulta paradójico que esto haya sucedido justamente mientras los nuevos países del Este, después de haberse liberado del comunismo, entraban en Europa para reencontrar, junto con la libertad, también aquella memoria histórica que el totalitarismo marxista había intentado eliminar en vano».

A María por Jesús

A finales de 1947 tuvo lugar en Barcelona un congreso internacional de Congregaciones Marianas. Advertía la Revista en su número de 1 de diciembre que de la misma forma que CRISTIANDAD no es una obra del Apostolado de la Oración pero nace de su espíritu; así tampoco el Apostolado de la Oración es una congregación mariana, pero sí que es una asociación mariana. El ofrecimiento diario de obras al Corazón de Cristo que prescribe a sus afiliados, lo hace por medio del Corazón Inmaculado de María. No debía extrañar, por tanto, a sus lectores, que se dedicara especial atención al citado congreso,

que reunía en Barcelona a numerosos representantes de Congregaciones Marianas del mundo entero. Y así los dos números de diciembre de 1947 fueron esencialmente marianos. De los trabajos que contenían hemos elegido para esta sección un artículo de denso contenido teológico del padre Francisco de P. Solá, S.I., insigne mariólogo y josefólogo, socio de la Pontificia Academia Romana Internacional y vicepresidente de la Sociedad Iberoamericana de Josefología, profesor durante muchos años de la Facultad de Teología de Barcelona, que fue colaborador habitual de esta revista.

Cuando la Santísima Virgen acompañada de su divino hijo iba a visitar alguna de las personas conocidas de Nazareth, o cuando por las fiestas de la Pascua se encontraban los familiares y amigos en Jerusalén, o en muchas de aquellas ocasiones que a diario se ofrecen de toparse personas que no se hablan visto desde hacia tiempo, en semejantes casos ¡cuántas veces habría escuchado la Santísima Virgen estas o semejantes palabras referidas a Jesús: «¡Qué bendición de Dios es este niño tan bello que tienes; es idéntico a ti!». Y los mismos nazaretanos y conocidos de la Sagrada Familia, sin duda que muchísimas veces ponderarían la semejanza que mediaba entre María y su Hijo. La tradición conservó este recuerdo, y Nicéforo expresamente recuerda que Jesús era «persimilis per omnia divinae et immaculatae suae genitrici» (PG 145, 750). Ignoraban ellos la causa fisiológica de semejante similitud: Jesús no tenía principio somático más que de su madre, por tanto no podía referir semejanza con otra persona de la tierra.

Pero cuando el transcurso de los siglos borró el recuerdo exacto de la fisonomía corporal de Jesucristo y de su bendita Madre, quedó en todos la idea de que había de ser excelente la figura de aquel que era el más hermoso entre los hijos de los hombres y, en consecuencia, se deducía que su madre habría de ser también excelentísima.

Este pasar de Jesús a María resulta naturalísimo y necesario. Es una consecuencia lógica, que se traduce en un principio casi axiomático, o por lo menos de tal evidencia práctica, que nadie lo pondrá en duda. El principio nos lo formula la Iglesia misma

en la oración del día de la Inmaculada: «Deus, qui per immaculatam Virginis conceptionem *dignum Filio tuo* habitaculum praeparasti»... o más expresamente en esta otra: «Omnipotens sempiternus Deus, qui gloriosae Virginis Matris Maríae corpus et animam, ut *dignum Filii tui habitaculum* effici mereretur, Spiritu Sancto cooperante praeparasti...». En donde se afirma que Dios preparó a María un cuerpo y una alma que *fuesen dignos* de hospedar a su Hijo Jesús. Es que Dios no quería abstraerse a las leyes naturales de semejanza entre los padres y los hijos, y tratándose de Jesús, Hijo único de Dios Padre en la generación divina, y de María Virgen en la generación humana, era preciso que este hijo tuviese una Madre que no desdijese de la dignidad que le correspondía.

Principio fecundísimo

De tal puede calificarse el que acabamos de enunciar. Porque él nos sirve de guía segurísima y orientadora en la investigación de las grandezas de María. Puede afirmarse que es el primer principio mariano. Ciertamente es que todas las grandezas de la Virgen radican en su dignidad de Madre de Dios: su concepción original, la plenitud de gracia de que fue adornada, su virginidad unida a la maternidad, su mediación universal, etc., todo, absolutamente todo, se basa en la voluntad de Dios de escogerse y prepararse una Madre *digna de su Hijo*. Si a esta voluntad decidida de Dios se junta la omnipotencia divina llegaremos a un resultado sorprendente. Combinemos,

en efecto, estos elementos: voluntad de Dios, omnipotencia de Dios, dignidad de Dios; en todos ellos entra el elemento de infinitud e indefectibilidad y, en consecuencia, el efecto ha de contener también estas cualidades. Si ellas faltan será debido a que la naturaleza de la obra producida por Dios no es capaz de ellas.

Pongamos los ojos en María Santísima. Es pura criatura y por lo mismo no puede llegar a la infinitud de Dios. Pero por otro lado vemos a Dios como empeñado en producir una obra digna de sí, no sólo como creador, sino como redentor. Jesucristo, el Hijo muy amado, en quien el Padre tiene puestas todas sus complacencias, participa de lo infinito porque es verdadero Dios, quien aunque ha tomado naturaleza humana no ha podido menguar en modo alguno la infinitud de su naturaleza divina. Pero la Madre de este su Hijo tan amado, amada ella también con amor de predilección, no tiene la naturaleza divina, sino que como pura criatura es limitada.

De aquí se sigue que hemos de limitar también de alguna manera los privilegios de María; no puede ella alcanzar el infinito absoluto, y esto por imposibilidad intrínseca a su naturaleza. Si Dios no le concede gracias simplemente infinitas, no es (hablando con terminología humana) por falta de deseos, sino porque Dios no puede contradecirse a sí mismo obrando lo imposible. Pero todo cuanto se acerque a la infinitud de Dios será digno de Él; y esto será ya posible en María. Si, pues, Dios quiso y pudo hacer de la Virgen Santísima una morada digna de su Hijo, la hubo de acercar lo más posible a la infinitud de este su Hijo. Con razón podíamos afirmar que el principio de la dignidad que correspondía a la Madre de Dios era un principio fecundísimo para el conocimiento de María.

Principio de comparación

Otro procedimiento para llegar al conocimiento de las perfecciones de la Virgen es el que usan con frecuencia los santos y teólogos al investigar las perfecciones de Dios. Como quiera que el entendimiento humano es limitado, no puede llegar al conocimiento intuitivo de lo infinito que es Dios; pero para poderse formar una idea lo más exactamente posible de sus perfecciones examina cuidadosamente todas las que observa en las criaturas, les quita todas las imperfecciones y la limitación que en ellas encuentra, las eleva –como puede– al infinito, y dice: esta es la idea más acabada que puedo formarme de Dios, sin que le haya llegado a comprender exacta y perfectamente tal cual en sí mismo es.

Pues, con las consiguientes salvedades, se procede de manera semejante para apreciar la grandeza

de María. Se hace un recuento de todas las perfecciones espirituales que admiramos en los santos, se acumulan todos los privilegios a ellos concedidos, se suman las gracias con que Dios les ha dotado, etc., y se formula este principio: no hay que negar a la Virgen ninguno de los dones que Dios ha concedido a los demás santos, a no ser que estén contenidos en mayores perfecciones a ella otorgadas. Y de este argumento usan con frecuencia los teólogos para afirmar de la Virgen ciertos dones y carismas que no nos consta expresamente por las Sagradas Escrituras que los poseyera. Y san Ignacio de Loyola lo emplea al exponer la Aparición de Jesús a su Santísima Madre después de resucitado: «Primero, dice, apareció a la Virgen María, lo cual aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho, en decir, que apareció a tantos otros; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: ¿También vosotros estáis sin entendimiento?» (Ejerc. Esp., 299).

Este principio, sin embargo, de comparación con los otros santos, será útil para ciertos casos concretos, por ejemplo, para determinar si la Virgen Santísima conoció tales o cuales misterios de Dios, si gozó alguna vez de la visión beatífica, etc. Porque diremos: si, según opinión de muchos padres y teólogos, Moisés o san Pablo gozó por algún momento de la visión intuitiva de Dios, no hemos de negar esta gracia a la Santísima Virgen. Pero de esta fórmula no sacaremos el grado de intensidad, por así decirlo, de los privilegios concedidos a la Virgen. Es, por tanto, un principio útil, pero menos fecundo que el primero, de la dignidad de Madre de Dios.

Ad Mariam per Jesum

Sentados estos dos principios, sobre todo el de la dignidad que corresponde a la Virgen por ser Madre de Dios, limitada solamente por las imperfecciones intrínsecas a la naturaleza humana (imperfecciones si se comparan con la perfección purísima de Dios, pero que no importan imperfección alguna de orden moral); queremos buscar en este trabajo que redactamos una norma que nos ilumine más concretamente la intensidad de la grandeza de la Virgen. Ya hemos dicho que no podíamos usar estrictamente para la Virgen del método que empleamos para apreciar de alguna manera la perfección absoluta de Dios, porque nos encontramos con las limitaciones que la pequeñez de la naturaleza nos exige; tampoco nos basta el exaltar a la santísima Madre de Dios sobre todos los ángeles y santos juntos, porque ello nos llevaría tal vez a un concepto que nos parecería elevado y sería en realidad mezquino. El método apetecido lo encontramos en Jesús.

Hemos dicho anteriormente que Dios quiso formarse una Madre digna de su Hijo, y que María Santísima se asemejaba muchísimo a Jesús. Pero Jesús participa de las dos naturalezas: divina y humana. Por cuanto es Dios trasciende nuestro alcance y comprensión y entra de lleno en el terreno vedado a nuestro entendimiento; pero en cuanto es hombre participa por completo de las limitaciones de nuestra naturaleza, al mismo tiempo que la levanta por encima de los ángeles uniéndola hipostáticamente con la divinidad en unión substancial, estrechísima, perfectísima, como ninguna otra unión creada. Por otra parte, de Jesús nos habla muchísimo la Sagrada Escritura, la Iglesia nos enseña sus perfecciones divina y humana, los Santos Padres nos ilustran y completan las enseñanzas de la Iglesia, y los teólogos sistematizan estas doctrinas. Tratándose de Jesucristo no estamos rodeados de tinieblas, sino de luz vivísima; la lucha plurisecular con los herejes no ha hecho más que perfilar más y más la imagen espléndida de nuestro Redentor, y las manifestaciones del mismo a su confidente santa Margarita (por no citar más que un ejemplo) han contribuido a que se estudiase científicamente y místicamente las riquezas inagotables de su sacratísimo Corazón.

De este conocimiento más acabado que tenemos de Cristo Jesús, hemos de deducir el de María, que podríamos formular de esta manera: como quiera que Dios quiso que Madre e Hijo se asemejaran, todas las perfecciones que encontremos en Jesús y no sean exclusivas de su divinidad o de su misión mesiánica las hemos de aplicar a la Madre divina en el grado que una pura creatura pueda soportar. San Alberto Magno, como tendremos oportunidad de decir más adelante, aducirá en este sentido las palabras de Cristo: «Por el fruto se conoce el árbol». Esta fórmula es, más o menos desarrollada, lo que los filósofos y teólogos califican con el nombre de

Principio de analogía, pero con la atenuante, de que este principio en mariología, por lo general se emplea para limitar los privilegios, no para ensancharlos. Así, cuando decimos que la Virgen Santísima posee una plenitud de gracia *análoga*, no invoca a la de Jesús, queremos significar que de alguna manera hay que restringir esta plenitud en María, mientras que en Jesucristo se habla de una plenitud sin restricciones. De todos modos, la analogía supone *semejanza*, y en este aspecto ella se convierte en principio orientador; y así es como lo tomamos ahora, aunque no rechazamos las limitaciones que nos impone.

Según esto, podremos tener una idea bastante acabada de la Virgen si miramos a su Hijo. Como los nazaretanos, que conocieron primero a María, comprendían por ella a Jesús, así nosotros, que he-

mos conocido primero a Jesús, hemos de llegar por Él al conocimiento de la Virgen. En otro lugar de esta revista (núm. 75 [1947], págs. 194-196) aplicamos este procedimiento para esbozar la realeza de María. De la misma manera se podría determinar su Mediación, Sacerdocio, Intercesión, etc. Ahora, manteniéndonos más estrictamente en el plano de los principios, vamos a concretar los que podemos aplicar para comparar a María con Jesús. Son éstos los que modernamente se ha dado en llamar «principios marianos o de mariología», que son, además del de la *divina maternidad*, los de *asociación*, *recirculación* y *solidaridad*. De ellos para nuestro caso el más importante es el de asociación, que en cierta manera puede encerrar los otros dos.

Principio de asociación. Es principio muy complejo y no fácil de definir, si se quiere científicamente separar de los otros principios anunciados de divina maternidad, recirculación y solidaridad; pero podemos determinarla con una fórmula, sacada de san Bernardo: «Et quidem sufficere poterat Christus... *sed nobis bonum non erat hominem esse solum...* Iam itaque nec ipsa mulier, benedicta inter mulieribus, videbitur otiosa; *invenietur equidem locus eius in hac reconciliatione*». «El prudentísimo y clementísimo artífice —añade— no rompió lo que estaba resquebrajado, sino que mirando a la utilidad, lo rehizo, de suerte que del viejo Adán nos formó uno nuevo, y a Eva la refundió en María. Ciertamente es que bastaba Cristo, pero a nosotros no nos convenía que el hombre estuviera solo... Porque muy fiel y poderoso mediador entre Dios y nosotros es Cristo, pero en Él los hombres temen reverencialmente su majestad divina... Era necesario una mediación para con el mediador. Ni podía hallarse otra más provechosa que María... ¿Qué va a temer la flaqueza humana de acercarse a María? Nada existe en ella de austeridad, nada terrible; toda es suavidad que a todos ofrece mercedes abundantes...» (ML 183, 429-430).

Tenemos, pues, a la Virgen relacionada con Cristo no solamente por el hecho de ser su madre, sino también por estar asociada a Él a la obra propia para la que fue enviado al mundo: la Redención. Por tanto, ya no son solamente títulos honrosos los que se deben a María, ni gracias especiales que la hagan digna de la Madre de Dios, sino también *cualidades que la asemejan enteramente a su Hijo para que con Él pueda cooperar a la obra de la Redención de la humanidad*.

Un principio así concebido alcanza unos límites a primera vista insospechados. Porque examinemos las propiedades que a Jesucristo le corresponden como a Redentor. Cuatro suelen enumerar principalmente los teólogos: Sacerdote, Profeta, Cabeza, Rey.

Y todos estos cuatro oficios, con las limitaciones que el grado de coadyuvadora impone, han de hallarse en María. Dejemos el de Profeta (que no hace tanto a nuestro intento) y el de Rey (de que hablamos en el núm. 75 de CRISTIANDAD), para fijar nuestra atención en los otros dos: Sacerdote y Cabeza.

El sacerdocio de Cristo

Como nuestro fin es hablar de la Virgen, solamente apuntaremos las prerrogativas que en Cristo supone el oficio de Sacerdote. Es el sacerdocio de Cristo, como dice san Pablo, el que le constituye entre Dios y los hombres para interceder por ellos. Así, *Sacerdote* y *Mediador* son términos convertibles. Pero la Mediación, Cristo la ejerce de dos maneras: uniendo tales dos naturalezas que el pecado separó, divina y humana (mediación ontológica), y reconciliándolas (mediación moral).

¿Puede la Virgen Santísima participar de esta Mediación sacerdotal? La mediación ontológica no puede propiamente tenerla: sería menester que se uniera hipostáticamente con la divinidad. Pero en *cierta manera* participa ella de esta prerrogativa. No olvidemos que es la Madre de Dios, que en su seno tuvo unido a sí, de la manera que las madres participan de la vida de sus hijos comunicándoles su ser corporal y formando su cuerpecito, al Verbo de Dios hecho carne el cual precisamente se iba allí disponiendo un cuerpo apto para la obra redentora. Aquel «*corpus autem aptatsti mihi*» que san Pablo pone en boca del Verbo humanado dirigiéndoselo a su Padre celestial, ¡qué significación tan propia tiene en labios de la Virgen Santísima! Si todos los cristianos que participan de la Santísima Eucaristía pueden llamarse divinos, porque se alimentan de manjar divino, el cuerpo y la sangre de Cristo Jesús, ¡qué hay que decir de la Virgen, que formó y alimentó este cuerpo unido hipostáticamente a la divinidad! Y lo que es más, esta humanidad de Cristo, que estaba tan estrechamente unida a la divinidad, se iba formando a expensas del cuerpo de la Virgen, tomando substancia de su substancia, carne de su carne, sangre de su sangre, vida de su vida.

Por este motivo hay títulos muy elevados que relacionan especialmente a la Madre del Redentor con la Santísima Trinidad. No explanaremos aquí estos conceptos, bástenos recordar que se la denomina frecuentemente en los libros de los Padres y Doctores de la Iglesia: Hija o Esposa del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, complemento de la Trinidad (locución, no obstante, que no pocos rechazan), primera después de la Trinidad augusta. Santo Tomás afirma que la Santísima Virgen es allegada de Dios (22 q. 103 a. 4 ad 2); y Cayetano, co-

mentando este pasaje del Angélico, añade: «Por esto el culto de hiperdulía se debe exclusivamente a la bienaventurada Virgen, que es la única que tocó los límites de la divinidad por propia operación natural cuando concibió a Dios, lo parió, lo engendró y alimentó con su propia leche (*sola ad fines deitatis propria operatione naturali attigit, cum Deum concepit, peperit, genuit, et proprio lacte pavit*)». Por semejante manera se expresan con frases muy significativas y casi diríamos atrevidas Hugo de S. Víctor: «Dios habita por *identidad* en sólo la Virgen»; Pedro de Blois: «La Virgen está mucho más allegada a Dios que lo están los ángeles, porque ella y Dios su Hijo *son dos en una carne*»; etc. Y anteriormente los santos Agustín, Germán de Constantinopla, Modesto de Jerusalén, Efrén de Siria, Tarasio, etc., habían ponderado estas relaciones de María con la Trinidad augusta. Todo lo cual resume breve pero expresivamente el doctor eximio Suárez, con estas sencillas palabras: «Esta dignidad [la maternidad divina] es de un orden superior porque pertenece en cierta manera al orden de unión hipostática; como quiera que intrínsecamente se refiere a ella, y con ella guarda necesaria conexión».

De aquí se desprende en qué punto participa la Virgen de la Mediación ontológica: no es ella, como Cristo, una persona divina con dos naturalezas, pero está muy allegada con Dios, es la Madre de Dios verdadera y puede decir ella: «Dios tiene mi carne y mi sangre».

Pero en los planes de la economía divina acerca de los hombres, no se habla de obrar la Redención con sólo la mediación ontológica de Cristo; era menester que este Mediador que materialmente juntaba en sí los dos extremos opuestos, los juntase también en el orden de la reconciliación moral aportando sus merecimientos como valor substitutivo de la gloria que los hombres habían arrebatado a Dios por el pecado. Dios exigía un rescate completo y, por lo mismo, de valor *infinito*.

De nuevo nos encontramos con el elemento de la *infinitud*. ¿Es ésta posible en María, pura criatura? Si atendemos al infinito absoluto, tendremos que reconocer la imposibilidad; pero al relacionar a la Virgen con Jesús escucharemos a san Alberto Magno que nos dice: «Concedamos también que su Hijo la precedió en todos los privilegios; pero esto no disminuye la honra de la madre, sino que la exalta por haber engendrado un Hijo, no sólo igual, sino *infinitamente* mejor; lo cual hace también, por esta parte, infinita en cierto modo la bondad de la madre, pues todo árbol se conoce por sus propios frutos; y, por tanto, si la bondad del fruto bonifica al árbol, la *infinita* bondad del fruto también pone de manifiesto la *infinita* bondad del árbol.

De todas maneras, no era menester que la Virgen

nos redimiera de la misma manera que Cristo, ya que ella le estaba solamente asociada a la obra de la Redención. Basta que ella tenga las cualidades suficientes para acompañar a Cristo. Pero aquí no es nuestro intento demostrar por los textos estas cualidades en la Virgen, sino deducirlas de los principios asentados. Es decir: si María ha de asemejarse a Cristo, al ver lo que es Cristo, hemos de descubrir en ella los mismos elementos. Cristo es Sacerdote en la forma indicada; luego, María también lo ha de ser según su proporción. Esta proporción nos la declaran los Santos Padres.

Tenemos, pues, que siendo Cristo Sacerdote y ejerciendo el sacerdocio de las dos formas antedichas, María era menester que participara de ellas. Lo cual nos la ha puesto en contacto con la divinidad, haciéndola muy afín a Dios, y llegando a darle cierta infinitud.

Ahondemos un poco más. Cristo fue Sacerdote y, al mismo tiempo, víctima u hostia. Inmoló y fue inmolado; sacrificó sacrificándose a sí. Esta misma inmolación o Sacerdocio correspondía a la Virgen: ella tendrá que ser, como su Hijo, Sacerdote que ofrece a Dios una hostia al mismo tiempo que se ofrece a sí misma. Luego, en la obra de la Redención, los planes de Dios exigieron también la inmolación de la Virgen. Si atendemos al Sagrado Evangelio encontraremos todavía una identidad mayor en el Sacrificio de Jesús y el de María: Cristo se inmola a sí, como Hostia principal; pero al mismo tiempo ofrece también a su madre con inmolación doble: material («*Ecce mater tua*»; entrega su Madre a los hombres, como desprendiéndose de ella) y afectiva, ofreciendo en su corazón al Padre los dolores que le causa el ver padecer a su Madre al pie de la cruz. Por su parte, la Virgen se une o identifica con esta misma doble oblación: inmola al Padre su hijo tan querido, desprendiéndose por completo de Él; y se inmola afectivamente a sí misma al mismo tiempo que acepta el cambio de hijo («*Ecce filius tuus*»). María, pues, sacrifica con y como Jesús. ¡Qué no supone tal sacrificio en la Madre! Si el Redentor había de ser infinito y sus méritos infinitos, ¡qué tal será la Corredentora y cuáles sus méritos!

La Inmaculada

El sacerdocio de Cristo exigía en Él la *carencia absoluta de pecado*. El destructor del pecado, el reconciliador de los hombres con Dios, el Mediador entre la criatura pecadora y el Creador ofendido, era menester que careciese del pecado que era precisamente lo que había roto las relaciones humano-divinas. Por esto Cristo se asemejó en todo a nosotros fuera del pecado (Hebr 4,15). ¿Podría la Madre, tan

igual al Hijo, estar, siquiera por un instante, manchada del pecado? ¡Imposible! El solo pecado original la hubiera distanciado más de su Hijo Jesús, que sus privilegios actuales la separan de los demás hombres. En esto podían Madre e Hijo asemejarse perfectamente; luego no le hemos de regatear esta paridad, antes debemos afirmarla; así lo exige el principio asentado.

Por semejante manera podríamos recorrer los demás privilegios de María calcándolos en los de Jesús, de quien los deduciríamos. Pero pasemos al otro oficio de Cristo:

Cristo es Cabeza

Que Cristo sea Cabeza de toda la Iglesia lo afirma san Pablo (Efes 1,22; 4,15, y en muchos otros lugares) y nadie lo disputará jamás. Igualmente es cabeza de los ángeles (Col 2,10) Y de toda la Creación. Pero, como decíamos del sacerdocio de Cristo así hemos de afirmar de su capitalidad: que no es solamente una dignidad, sino que la tiene con verdadera eficiencia: «por quien [Cristo] todo el cuerpo bien concertado y trabado, gracias al íntimo contacto que suministra el alimento al organismo, según la actividad correspondiente a cada miembro, va obrando su propio crecimiento en orden a su plena formación en virtud de la caridad» (Efes 4,16). Cristo es la vid, nosotros los sarmientos; y si no estamos unidos a la vid solamente serviremos para el fuego (Jn 15,1.6); porque el Padre «recapituló todas las cosas en Cristo» (Efes 1,10) y sin Él nada podemos hacer (Jn 10,5). De aquí que todas las gracias nos vengan de Cristo y por Cristo (*per Christum Dominum N.* ruega la Iglesia continuamente); y como la gracia es la vida del alma, sin esta vida recibida de Cristo, seríamos miembros muertos, amputados del cuerpo, destinados al exterminio eterno.

De esta capitalidad participará también la Virgen Santísima. Ella cooperará a su manera —manera excelente— a la unión de los miembros con el cuerpo y en la adquisición y distribución de las gracias. A ella nos hemos de unir también si queremos participar de la vida. Los santos la llaman cuello, canal, acueducto... de la gracia, con lo que no quieren significar un conducto material o, en el orden moral, una mera participación en la distribución de las gracias, sino que a la manera que en nuestro organismo el cuello está estrechamente unido a la cabeza constituyendo el medio de unión de ella con los demás miembros del cuerpo, así la Virgen nos comunica con Cristo la vida divina.

La capitalidad de Cristo, que se extiende a todas las cosas creadas sin excluir de ellas a los ángeles, se comunica a la Virgen constituyéndola también

Reina y Señora de los coros angélicos, que la veneran y honran como a ser superior a todos ellos.

Todo se recapitula en Cristo y todo ha de recapitularse también en María. Por lo que hace al linaje humano, Cristo es el nuevo Adán, María será la nueva Eva; Cristo es principio de vida, María lo será también; y siempre que queramos conocer la parte que la Virgen tiene en nuestra santificación y salvación, pongamos los ojos en Cristo y adecuadamente apliquemos a su Madre la plenitud de poderes que en Él observemos.

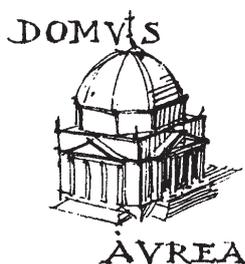
Esta capitalidad constituye a Cristo en el orden que san Pablo llama de las *primicias* por el cual le corresponde a Él la *primera* participación en los dones de glorificación y goce eterno, principalmente en la resurrección. En este orden colocaremos también a María y la encontraremos en un lugar primero o principal en el cielo, y como su Hijo disfrutará de la primacía temporal en su resurrección glorificada en cuerpo y alma muy pronto luego de su muerte. Ella será la Reina que está sentada al lado del Rey, la Madre colocada junto a su Hijo, la Hija del Padre que recibe el ósculo de amor paterno, la Esposa del Espíritu Santo que descansa cobijada por su poder omnipotente.

Conclusión

Hemos querido poner unos pocos ejemplos de las consecuencias mariológicas que se siguen del principio, que hemos llamado de *comparación con Cristo*. Para terminar trasladémonos a la visión de conjunto que nos apunta san Pablo en la carta primera a los de Corinto (15, 24 sqq.). Cristo ha vencido a todos sus enemigos terrenales, su reino en este mundo está consumado ya; el último de sus adversarios, la muerte, ha sido destruido; en un instante, en un pestañear de ojos y al son de la última trompeta (pues sonará la trompeta), los muertos resucitan incorruptibles y los siervos fieles quedan transformados... *Deinde finis*; ha llegado el fin. Cristo baja del cielo llevando la señal del Hijo del hombre (Mt 24,30) a juzgar a los vivos y a los muertos, y hecha discriminación de los predestinados y de los precitos, precipitados éstos a los abismos infernales, sube glorioso, cual capitán triunfador, a presentar a su Padre el botín de la feroz batalla. El cielo presenta el aspecto

más glorioso que podemos figurarnos, y ante el trono de la majestad infinita de Dios rodeado de ejércitos innumerables de espíritus angélicos, depone Jesucristo su espada vencedora. Los santos todos, redimidos por Él, y los ángeles que por Rey le aclaman, entonan himnos de alabanza al vencedor: «Digno es el Cordero, que fue muerto, de recibir el poder y la divinidad y la sabiduría y la fortaleza y el honor y la gloria y la bendición. El reino del mundo se ha convertido ya en reino de Cristo y destruido el pecado, reinará por los siglos de los siglos. Gracias te tributamos, ¡oh, Señor Dios todopoderoso!, a ti que eres y que eras ya antes... porque has hecho alarde de tu gran poderío y has entrado en posesión de tu reino. He aquí el tiempo de la salvación y del poder y del reino de nuestro Dios y del poder de su Cristo: porque ha sido ya precipitado el acusador de nuestros hermanos... y ellos le vencieron por los méritos de la sangre del Cordero, por tanto, regocijaos, ¡oh cielos!, y los que en ellos moráis. Alleluia, porque tomó ya posesión del Reino el Señor Dios nuestro Omnipotente. Gocémonos y saltemos de júbilo y démosle la gloria, pues son llegadas las bodas del Cordero y su Esposa se ha puesto de gala» (Apoc 1,12; 7,12; 11,15-17; 12,10; 19, 6-7-8). En medio de estos cánticos de gloria, el Padre, estrechando dulcemente a su Hijo, le dice aquellas palabras pronunciadas tantos siglos antes por el Profeta: *Sede a dextris meis* (Ps 109,1), siéntate a mi diestra; y lo coloca en el trono esplendoroso de su gloria.

Pero Cristo no va solo. No ha sido Él sólo el triunfador; a Él estuvo asociada la Santísima Virgen, su Madre, a quien corresponden también las alegrías de la victoria del Hijo y propia. Para ella se dispone un trono junto al Rey y se sienta a su derecha (3 Reg 2,19), mientras los ángeles y santos cantan: «*Astitit Regina a dextris tuis, in vestitu deaurato, circumdata varietate*». Y aparece la Virgen en medio de tanta magnificencia, como revestida de la luz del mismo sol, con la luna por escabel de sus pies y por corona las estrellas del firmamento (Apoc 12). Y allí, en la inmensidad de los cielos, formando el armonioso conjunto de grados y jerarquías celestiales, por encima de todas las cosas criadas, y en una categoría singular, la primera de las puras criaturas, la primera después de Cristo está la Virgen Inmaculada, Madre digna de Dios, la más semejante a Jesucristo, la más cercana a la divinidad.





LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

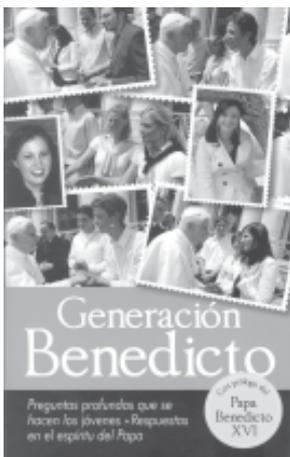
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

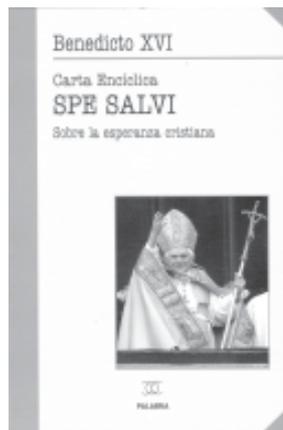
Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



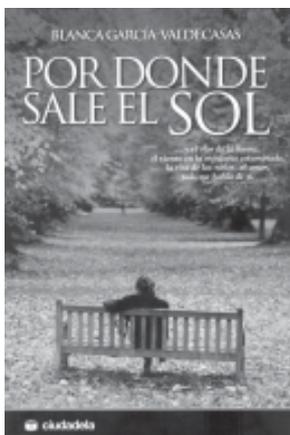
Generación Benedicto

Autor: VV. AA.
Editorial: Palabra
136 páginas
Precio: 14,00 €
Generación Benedicto es una red de jóvenes que comienza a extenderse por medio mundo y que busca dar forma al deseo del Papa de poder contar con una generación de jóvenes capaces de dar a conocer su fe con naturalidad y entusiasmo. Se identifican con el papa Benedicto XVI, porque consideran su forma de comunicación abierta, sin prejuicios y limpia, como un soplo de viento fresco en el aire enrarecido de las discusiones cargadas de ideologías.



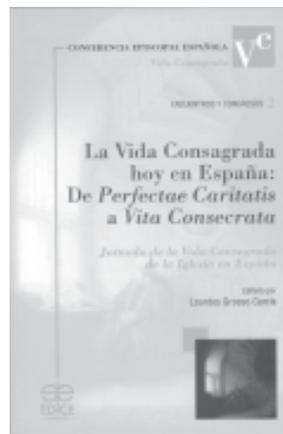
Spe salvi

Autor: Benedicto XVI
Editorial: Palabra
96 páginas
Precio: 2,90 €
El Papa se dirige al corazón de cada cristiano para invitarle a tener esperanza y no dejarse arrollar por el pesimismo. El texto aborda el ejercicio de esta virtud ante el panorama sombrío de conflictos bélicos, terrorismo y desequilibrios, tanto económicos como medioambientales. El Santo Padre incluye en cada capítulo un ejemplo de esperanza cristiana, desde san Agustín hasta santa Josefina Bakhita, una esclava sudanesa que descubrió su vocación religiosa después de haber recibido la plena libertad.



Por donde sale el sol

Autor: Blanca García-Valdecasas
Editorial: Ciudadela
256 páginas
Precio: 23,50 €
Cuando Rogelio escucha de su mujer la propuesta de irse a vivir a Chile con toda la familia, queda anonadado, y aunque acabará dejándose convencer, tendrá que ser ella misma la que se encargue de poner todo en marcha. Las dificultades de adaptación al nuevo país, tan diferente, el acostumbrarse a una naturaleza que se revela agresiva, y la vida de los miembros de la familia son expuestos con gran equilibrio narrativo e indudable belleza literaria que hacen de lo cotidiano casi lo excepcional.



La vida consagrada hoy en España

Autor: Lourdes Grosso García
Editorial: Edice
170 páginas
Precio: 9,00 €
La Comisión Episcopal para la Vida Consagrada organizó en noviembre de 2006 una jornada sobre la vida consagrada en la Iglesia de España. Se trataba de valorar la herencia que *Perfectae caritatis* y *vita Consecrata* nos han legado, para uncirnos en la tarea que nos compromete en las distintas formas de seguimiento del Señor, buscando los caminos que dan gloria a Dios, que edifican su Iglesia y que son para el mundo una bendición.

CONTRAPORTADA

«¡Dios ha hecho a los hombres y a las naciones para salvarse!»

Es preciso recordar cómo se han difundido hoy posiciones filosóficas y actitudes prácticas, que son absolutamente inconciliables con la fe cristiana. Con serenidad, precisión y firmeza continuaremos Nos siempre afirmando tal inconciliabilidad.

¡Dios ha hecho a los hombres y a las naciones para salvarse! Por ello esperamos que, desechados los áridos postulados de un pensamiento y de una acción improntados de laicismo y de materialismo, busquen el oportuno remedio en aquella sana doctrina, que cada día es más confirmada por la experiencia; en ella han de encontrarlo. Ahora bien: esta doctrina proclama que Dios es el autor de la vida y de sus leyes, que es vindicador de los derechos y de la dignidad de la persona humana; por consiguiente, que Dios es «nuestra salvación y redención». Nuestra mirada se alarga a todos los continentes, allí donde los pueblos todos están en movimiento hacia tiempos mejores: en ellos vemos un despertar de energías profundas que hace esperar en un decidido empeño de las conciencias rectas por promover el verdadero bien de la sociedad humana.

A fin de que esta esperanza se cumpla del modo más consolador, es decir, con el triunfo del reino de la verdad, de la justicia, de la paz y de la caridad, deseamos ardientemente que todos nuestros hijos formen «un solo corazón y una sola alma» y eleven comunes y fervientes súplicas a la celestial Reina y Madre nuestra amantísima durante el mes de octubre, meditando estas palabras del Apóstol de las Gentes: «Por todas partes se nos oprime, pero no nos vencen; no sabemos qué nos espera, pero no desesperamos; perseguidos, pero no abandonados; se nos pisotea, pero no somos aniquilados. Llevamos siempre y doquier en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que la misma vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos».

JUAN XXIII: *Grata recordatio* (26 de septiembre de 1959)